

Ödön von Horváth

UN HIJO DE NUESTRO TIEMPO

Traducción de
Isabel Hernández



Nørdicalibro

UN HIJO DE NUESTRO TIEMPO

ÖDÖN VON HORVÁTH

OceanofPDF.com

Un hijo de nuestro tiempo

Ödön von Horváth

Traducción y epílogo de
Isabel Hernández

Nórdicalibros
2020

OceanofPDF.com

Título original: *Ein Kind unserer Zeit*

De la traducción: Isabel Hernández

Edición en ebook: enero de 2020

© Nórdica Libros, S.L.

C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B

28044 Madrid (España)

www.nordicalibros.com

ISBN: 978-84-18067-34-1

Diseño de colección: Filo Estudio

Maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón

Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

OceanofPDF.com

EL PADRE DE TODAS LAS COSAS[1]

Soy soldado.

Y me gusta ser soldado.

Cuando por la mañana hay escarcha en las praderas o cuando por la noche las nieblas salen de los bosques, cuando el grano se mece y la guadaña brilla, da igual si llueve, nieva, si el sol ríe, noche y día..., siempre me alegra estar en la formación.

¡Ahora, de repente, mi existencia vuelve a cobrar sentido! Estaba ya muy desesperado, sin saber qué hacer con mi joven vida. El mundo había dejado de ofrecerme esperanzas y el futuro estaba tan muerto... Yo ya lo había enterrado.

Pero ahora vuelvo a tenerlo, mi propio futuro, y nunca más lo soltaré. ¡Resucitado de entre los muertos!

Apenas hace medio año estaba allí, durante mi reconocimiento, al lado del médico.

—Apto —dijo el capitán médico, y el futuro me tocó en el hombro. Hoy aún lo noto.

Y tres meses después apareció una estrella en mi cuello vacío, una estrella de plata. Porque una vez tras otra había dado en el blanco, el mejor tirador de la compañía. Me ascendieron a cabo, y eso tiene que significar algo.[2]

Sobre todo a mi edad.

Porque soy prácticamente el más joven.

Pero solo lo parece.

Porque en realidad soy mucho mayor, sobre todo por dentro. Y de eso solo una cosa tiene la culpa: los largos años de paro.[3]

Cuando dejé la escuela, me convertí en parado.

Yo quería ser impresor, porque me gustaban esas grandes máquinas que imprimen los periódicos, los de la mañana, los de la tarde, los de la noche.

Pero no había nada que hacer.

¡Todo inútil!

Ni siquiera podía aspirar a aprendiz en una imprenta de las afueras. ¡Y no digamos del centro!

Las grandes máquinas decían: «Tenemos ya más hombres de los que necesitamos. ¡Es ridículo, sácanos de tu cabeza!».

Y las eché de mi cabeza y también de mi corazón, porque cada uno tiene su orgullo. También un perro sin trabajo.

¡Largo de aquí, infames ruedas, prensas, pistones, transmisiones!
¡Fuera!

Y me trasladaron a la beneficencia, primero a la pública, luego a la privada...

Entonces me vi en una larga cola, esperando un plato de sopa. A la puerta de un convento.

En el tejado de la iglesia había seis figuras de piedra. Seis santos. Cinco hombres y una mujer.

Metí la cuchara en la sopa.

La nieve caía y los santos tenían altos sombreros blancos. Yo no tenía sombrero y esperaba que se derritiera.

El sol empezó a durar más y las tormentas se volvieron más cálidas...

Metí la cuchara en la sopa.

Ayer volví a verlo, el primer verde.

Los árboles florecen y las mujeres se vuelven transparentes. Yo también me he vuelto transparente.

Porque mi chaqueta está echada a perder y a mis pantalones les ha pasado lo mismo... La gente ya casi se aparta a mi paso.

Se me pasan muchas ideas por la cabeza, de un lado a otro.

Con cada cucharada de sopa se vuelven más repugnantes.

De repente lo dejo.

Dejo la lata en el suelo de piedra, está aún medio llena y me gruñe el estómago, pero no quiero más. ¡No quiero más!

Los seis santos del tejado miran al aire azul.

No, no quiero más, ¡no quiero mi sopa! ¡Día tras día el mismo aguachirle! ¡Me pongo malo solo de ver ese brebaje para mendigos!

¡Tírala! ¡Tira tu sopa!

¡Fuera! ¡A la mierda con ella!...

Los santos del tejado me miran con reproche.

¡No me miréis desde ahí arriba con esos ojos! ¡Mejor ayudadme aquí abajo!

Necesito una chaqueta nueva, un pantalón completo..., ¡otra sopa!

¡Un cambio, señorías! ¡Un cambio!

¡Mejor robar que mendigar!

Y eso pensaban también muchos de los de nuestra cola, viejos y jóvenes... no eran los peores.

Sí, hemos robado mucho, sobre todo alimentos de primera necesidad. Pero también tabaco y cigarrillos, cerveza y vino.

A menudo frecuentábamos los huertecillos de las afueras. Cuando el invierno se acercaba y los felices propietarios se sentaban en su casa al calor de los fogones.

Dos veces estuvieron a punto de pescarme, una junto a una caseta de baño.

Pero me escapé sin que me reconocieran.

Por el hielo, en el último momento.

Si el de la brigada criminal me hubiera pillado, ahora tendría antecedentes. Pero el hielo se portó bien conmigo y él resbaló todo lo largo que era.

Y mis papeles siguieron blancos como una azucena.

No hay ni una sombra del pasado en mis documentos.

Soy un hombre de bien y no fue más que lo desesperado de mi situación lo que me hizo vacilar como el junco al viento...[4] seis sombríos años. La llanura se inclinaba cada vez más y el corazón se volvía cada vez más triste. Sí, estaba ya muy amargado.

¡Pero hoy vuelvo a estar contento!

Hoy sé cuál es mi lugar.

Hoy ya no tengo miedo a saber si mañana comeré. Y cuando las botas se gasten, las remendarán, y cuando el traje se gaste, me darán uno nuevo, y cuando llegue el invierno, nos darán abrigos. Grandes y cálidos abrigos. Ya los he visto.

¡El hielo ya no necesita portarse bien conmigo!

Ahora todo está seguro.

Por fin en orden.

¡Adiós, mis penas cotidianas!

Ahora siempre hay alguien a tu lado.

A derecha e izquierda, de día y de noche.

«¡A formar!», suena la orden.

Formamos, en fila.

En medio del patio del cuartel.

Y el cuartel es tan grande como toda una ciudad, no se puede ver de una sola vez. Somos infantería con ametralladoras ligeras y pesadas, y solo en parte motorizados. Yo aún no estoy motorizado.

El capitán pasa revista a nuestra fila, lo seguimos con la mirada y, cuando ya ha pasado al tercero, volvemos a mirar al frente. Firmes y con la mirada fija. Así lo hemos aprendido.

¡Hay que mantener el orden!

Amamos la disciplina.

Para nosotros es un paraíso después de toda la incertidumbre de nuestra juventud en paro...

También amamos al capitán.

Es un hombre bueno, justo y severo, un padre ideal. Nos pasa revista despacio, todos los días, y comprueba si todo está en orden. No solo si los botones están limpios..., no, a través de la ropa ve nuestras almas. Todos lo notamos.

Rara vez sonrío y nadie le ha visto nunca reír. A veces casi nos da pena, pero no se le puede engañar. Nos gustaría ser como él. A todos.

Nuestro teniente, en cambio, es de otro calibre. Cierto que también es justo, pero a menudo se enfurece mucho y le grita a uno por la cosa más nimia o sin motivo ninguno. Pero no se lo tomamos a mal, sencillamente está muy nervioso porque tiene demasiado trabajo. Porque le gustaría entrar

en el Estado Mayor y por eso estudia noche y día. Siempre está con un libro en la mano, leyendo sus cosas.

A su lado nuestro alférez no es más que un cachorro. Apenas es mayor que nosotros, o sea, que ronda también los veintidós. A menudo a él también le gustaría gritar, pero no se atreve. A pesar de eso lo apreciamos, porque es un deportista fabuloso, nuestro mejor velocista. Corre con un estilo magnífico.

En realidad el Ejército tiene un gran parecido con el deporte.

Casi podría decirse que es el deporte más bonito, pues aquí no solo se trata de un récord. Aquí se trata de algo más. De la patria.

Hubo un tiempo en el que yo no amaba a mi patria. Estaba gobernada por unos tipos sin patria y dominada por unos oscuros poderes supraestatales.^[5] No es mérito suyo que yo aún esté vivo.

No es mérito suyo que ahora yo pueda desfilar. En formación.

No es mérito suyo que hoy yo vuelva a tener una patria.

Un imperio fuerte y poderoso, ¡un resplandeciente ejemplo para el mundo entero!

Y algún día también dominará el mundo, ¡el mundo entero!

¡Amo a mi patria desde que ha recuperado su honor!

Porque ahora yo también lo he recuperado, ¡mi honor!

Ya no tengo que mendigar, ya no necesito robar.

Hoy todo es diferente.

¡Y aún será más diferente!

Ganaremos la próxima guerra. ¡Garantizado!

Claro que todos nuestros dirigentes se deshacen siempre en elogios por la paz, pero mis camaradas y yo, nosotros nos guiñamos un ojo. Nuestros dirigentes son astutos y listos, embaucarán a los demás, porque dominan como nadie el arte de la mentira.

Sin mentira no hay vida.

Nosotros simplemente seguimos preparándonos.

Todos los días formamos y luego vamos hasta el portón, al mismo paso.

Desfilamos por la ciudad.

Los civiles nos contemplan dichosos, solo algunas excepciones no se dignan mirarnos, como si estuvieran enfadados con nosotros. Pero no son

más que ancianos, que en cualquier caso ya no cuentan. Pero sí que nos fastidia que miren para otro lado o que, de repente, se detengan ante un escaparate solo para no tener que vernos. Hasta que luego nos divisan, hasta que se dan cuenta de que nos reflejamos en el cristal del escaparate. Entonces se indignan de rabia y de ira. Sí, vosotros señores míos, vosotros anclados en el pasado, desechados, vosotros con vuestra aburrida cháchara pacifista, ¡no os libraréis de nosotros! Podéis mirar los bocados exquisitos, los juguetes, libros y sostenes..., ¡nos veréis por todas partes!

¡Desfilaremos también por los escaparates!

Ya sabemos que no os gustamos.

Os conozco... ¡de cabo a rabo!

Mi padre es también así.

También él aparta la vista cuando me ve desfilar.

No puede soportarnos a los soldados porque odia la industria armamentística. ¡Como si el mayor problema del mundo fuera si un industrial del armamento debe o no ganar dinero!

¡Que lo gane si suministra bien!

Cañones, munición y todo el material de primera...

Para nosotros, que somos de hoy, esto no es un problema.

Porque nos hemos dado cuenta de que lo más sublime en la vida de un hombre es la patria. No hay nada por encima más importante. Todo lo demás son tonterías. O, en el mejor de los casos, solo algo accesorio.

Si a la patria le va bien, le va bien a cada uno de sus hijos. Si le va mal, es cierto que no le va mal a todos sus hijos, pero ese par de excepciones no cuentan a la vista del cuerpo vivo del pueblo.

Y a la patria solo le va bien cuando es temida, cuando puede decir que es suya un arma bien afilada...

Y esa arma somos nosotros.

Yo también soy parte de ella.

Pero aun con todo siempre hay gente obcecada, que no ve estas relaciones tan evidentes, tampoco quieren verlas, porque continúan presos de sus burdas ideologías, que tienen sus raíces en el siglo xix.[\[6\]](#) Mi padre también es de los de esa guardia.

Una triste guardia.

Un ejército vencido.

Mi padre es un hombre falaz.

Fue tres años prisionero de guerra, desde 1917. No volvió a casa hasta finales de 1919. Yo mismo nací en 1917, así que soy uno de los llamados hijos de la guerra, pero naturalmente yo no puedo acordarme de toda esa guerra mundial. Y tampoco de los años posteriores, de los denominados años de la posguerra. Solo a veces, pero muy difusos. Mi verdadera memoria empieza alrededor de 1923.[7]

Mi padre era camarero de profesión, un esclavo de las propinas. Él afirma que se hundió socialmente por culpa de la guerra mundial, porque antes de 1914 no había trabajado más que en un montón de establecimientos elegantes, mientras que ahora tiene que estar metido en un negocio mediocre de las afueras de la ciudad. Y cojea un poco desde que estuvo preso, y un camarero cojo, eso no puede ser en un local de lujo.

Pero, a pesar de su tragedia personal, no tiene ningún derecho a hablar mal de la guerra, porque la guerra es una ley natural.

En realidad mi padre es un gruñón. Cuando aún vivía con él en su cuarto, nos peleábamos todos los días. Siempre está insultando a la gente que tiene dinero y al mismo tiempo los añora..., Cuánto le gustaría volver a inclinarse ante ellos, porque solo piensa en sus propinas. Sí, es un mentiroso de la cabeza a los pies y no me gusta.

Si por casualidad no fuera mi padre, me preguntaría quién es ese individuo tan repugnante.

En una ocasión le dije: «No tengas miedo de la guerra que va a venir, con tu edad no te va a tocar». Al principio se quedó callado y me miró como si tratase de recordar algo: «Sí —continué diciendo—, tú ya no cuentas». Aún siguió callado, pero, de repente, me alcanzó una terrible mirada de odio, como en una emboscada. Y entonces empezó a gritar: «¡Pues vete a tu guerra! —chillaba—. ¡Ve y conócela! ¡Salúdala de mi parte! ¡Muere, si es lo que quieres! ¡Muere!».

Me marché.

Eso fue hace tres años.

Aún le oigo chillar y me veo en las escaleras de casa. De repente me detuve y retrocedí. Me había olvidado el lápiz, porque quería ir a algunas redacciones de periódico que tienen los anuncios breves expuestos en sus

vitrinas, para ver si a lo mejor encontraba allí un trabajo, uno cualquiera..., sí, entonces, a pesar de todo, yo todavía creía en los cuentos.

Cuando volví a entrar en el cuarto, mi padre estaba junto a la ventana, mirando hacia fuera. Era su día libre.

Se volvió un instante hacia mí...

—Me he olvidado el lápiz —dije.

Asintió con la cabeza y volvió a mirar hacia fuera.

¿Qué clase de mirada era aquella?

¿Había llorado?

Volví a marcharme.

Llora, pensé, en efecto tienes motivos para ello, porque en realidad tu generación tiene toda la culpa de que a mí me vaya tan asquerosamente mal... (por entonces yo aún estaba en paro y no tenía futuro).

La generación de nuestros padres estaba absorta en los ridículos ideales de los derechos del pueblo y la paz perpetua sin comprender que incluso en el mundo inferior de los animales los unos se comen a los otros.^[8] No hay derechos sin violencia. ¡No hay que pensar, hay que actuar!

La guerra es el padre de todas las cosas.

Yo ya no tengo nada que ver con mi padre.

¡No puedo soportar ese lloriqueo constante!

Tener que estar oyendo una y otra vez: «Antes de la guerra, ¡aquellos sí que eran buenos tiempos...!», me pongo muy furioso.

¡A mí tus buenos tiempos no me habrían gustado!

Puedo imaginármelos muy bien por las viejas fotografías.

Tú tenías una casa de tres habitaciones, aún no estabas casado y llevabas, como se decía entonces, una despreocupada vida de soltero.

Con mujeres y jugando a las cartas.

Todo el mundo tenía dinero.

Eran unos tiempos podridos.

Los odio.

Cualquiera podía trabajar, ganar dinero, nadie tenía que pasar hambre, nadie tenía preocupaciones...

¡Unos tiempos repugnantes!

¡Odio la vida cómoda!

¡Adelante, siempre adelante!

¡De frente..., mar...! ¡De frente..., mar...!

Avanzamos... ¡nada nos detiene!

Ningún sembrado, ninguna cerca, ningún arbusto...

¡Lo hollamos todo!

¡De frente..., mar...! ¡De frente..., mar...!

Así avanzamos y nos ponemos a cubierto en un alto para dominar la carretera que pasa por debajo.

Por ahora solo son maniobras.

Pero pronto irá en serio, las señales serán cada vez más visibles.

¡Y la guerra que está por venir va a ser muy distinta de esa a la que llaman guerra mundial! Mucho mayor, más violenta, más brutal..., ¡una guerra de destrucción sea como sea!

¡O tú o yo!

Miramos a la realidad a la cara.

No la esquivamos, no nos engañamos...

Ahora hacen fuego los obuses.

En la lejanía, distante y refulgente.

Apenas se oyen.

Por ahora disparan al aire.

Abajo, en la carretera, aparecen dos chicas montando en bicicleta. No nos ven.

De pronto se detienen y miran a su alrededor.

Después una se mete detrás de un matorral y se agacha. Sonreímos con aire malicioso y el alférez que está detrás de mí ríe un poco.

El sargento mira por los prismáticos.

Ahora se oye un zumbido en el cielo. Un aviador. Pasa por encima de nosotros.

La chica no se deja importunar, al contrario, levanta la vista.

El aviador vuela muy alto y no puede verla.

Ella lo sabe.

En nosotros no piensa.

Y eso que siempre seremos nosotros, los de infantería, los que decidiremos la guerra... ¡y no los aviadores! Aunque de ellos se hable tanto y de nosotros tan poco. Aunque ellos tengan los uniformes más elegantes... ¡ya veremos si son capaces de hacer lo que piensan! Piensan que desde allí arriba convierten sin más un país en meras ruinas y nosotros, los de infantería, simplemente tenemos que ocuparlas... ¡sin peligro alguno! Una policía mejor. ¡Esperemos!

¡Ya veremos si estamos de más! ¡O si somos de segunda fila!

¡No, no me gustan los aviadores!

Son unos arrogantes.

Y las mujeres son igual de idiotas, tan solo les gustan los aviadores.

¡Es su máximo ideal!

También las dos de la calle..., ahora le saludan con la mano, entusiasmadas.

¡Todas las burras quieren bailar con un aviador!

No saludéis, cacho bestias..., ¡también a vosotras os mira con desprecio porque no sabéis volar!

Claro, ¡nosotros tragamos el polvo de los caminos y marchamos por entre la mierda! ¡Pero ya nos cuidaremos de que la mierda llegue a lo alto del cielo!

¡No tengáis miedo!...

—¡Por el amor de Dios! —grita el alférez.

¡¿Qué es lo que pasa?!

Mira fijamente al cielo...

¡Allí, el aviador!

¡Se cae!

—El ala izquierda está rota —dice el sargento mirando por los prismáticos.

Se cae, se cae...

Con una nube de humo tras de sí...

Cada vez más deprisa.

Miramos perplejos.

Y se me viene a la mente: qué raro, ¿no acabas de pensar que si cayera...?

—Con esos ya no hay nada que hacer —dice el alférez.

Todos nos habíamos puesto en pie de un salto.

—¡A cubierto! —nos grita el sargento.

—¡A cubierto!...

Hay tres ataúdes sobre tres armones de artillería, tres ataúdes de aviador. Piloto, observador, radiotelegrafista. Presentamos armas, el tambor redobla y suena la canción del buen camarada.[9]

Luego se oye la orden:

—¡A rezar!

Bajamos la cabeza, pero no rezamos.

Sé que ninguno de nosotros reza.

Solo hacemos como si rezáramos.

Pura formalidad.

«Ama a tus enemigos...»[10] eso ya no nos dice nada. Nosotros decimos: «¡Odia a tus enemigos!».

Con el amor se va al cielo, con el odio llegaremos más lejos...

Porque ya no necesitamos una eternidad celestial desde que sabemos que el individuo no cuenta para nada... que solo es algo si está en formación.

Para nosotros solo hay una eternidad: la vida de nuestro pueblo. Y solo un deber celestial: morir para que nuestro pueblo viva.

Todo lo demás está pasado de moda.

Formamos.

En fila, uno a uno.

Soy el noveno por la derecha, empezando por el más alto. El más alto mide uno ochenta, el más bajo uno cincuenta y seis, yo uno setenta y cuatro. Lo justo, ni muy alto ni muy bajo.[11]

Así, visto por fuera, me gusto.

EL CASTILLO ENCANTADO

Hoy es domingo.

Lo tenemos libre. De dos a diez. Solo se queda la brigada de guardia.

Ayer me otorgaron mi segunda estrella y hoy saldré por vez primera con dos estrellas en el cuello.

Se acerca la primavera, ya se la escucha en el aire.

Somos tres, dos camaradas y yo. Llevamos guantes blancos y hablamos de mujeres.

Yo soy el que menos habla, prefiero guardarme lo mío.

Las mujeres son un mal necesario, eso es sabido. Se las necesita para garantizar el mayor número posible de familias numerosas, de buena salud hereditaria, de gran valor para la patria desde el punto de vista de la raza. Pero, por lo demás, no crean más que confusión.

¡Yo mismo podría contar un montón de cosas al respecto!

En especial las de promociones más antiguas y, sobre todo, las más listas. Esas te siguen porque tienes un tipo atlético y, si te atreves a complacerlas, entonces se vuelven arrogantes. Te llaman idiota, inmaduro, inocente y cosas por el estilo. O te vienen con la vida espiritual y entonces dejan de ser apetecibles.

Una mujer que ya no es muy joven no tiene por qué tener alma, tiene que estar contenta con que la miren. No tiene derecho a venirle a uno con sentimientos como, por ejemplo, los celos o el denominado instinto materno. El alma, en el mejor de los casos, es un privilegio de las chicas jóvenes.

Estas, en algún que otro caso, aún pueden permitirse ser así de románticas, suponiendo que sean bonitas. Pero hasta las románticas bonitas,

ya desde su más tierna adolescencia, solo quieren a un tipo con dinero.

Ese es todo el problema.

Prefiero moverme en compañía de hombres.

Precisamente mi camarada está contando que, tiempo atrás, hace trescientos años, un gran filósofo se preguntó si las mujeres, en realidad, eran seres humanos.[\[12\]](#)

Podría dudarse, ya lo creo.

Con el sexo femenino nunca sabes a qué atenerte.

En él no encontrarás fidelidad ni fe, siempre llegan demasiado tarde, un nido de mentiras, etc., etc.

Y además tienes que ocuparte de su alma... Porque te lo exigen.

Pero esa no es una ocupación para un hombre hecho y derecho.

¡Sí, sí, las mujeres son un capítulo aparte!

Te traen al mundo y también te matan...

Las calles del centro de la ciudad están vacías porque aquí solo hay tiendas y altos edificios de oficinas y hoy están cerrados. Los trabajadores de la mente y del puño hoy están en casa, comen, duermen, fuman..., hoy apenas harán excursiones porque ha vuelto a llover.

Aunque ha sido solo un poco, pero no es muy seguro. En el centro de la ciudad hay silencio, una paz absoluta, como si todos hubieran muerto.

Oímos nuestros pasos, cada uno de ellos. Resuenan en el asfalto.

Y vuelvo a darme cuenta de que nos reflejamos.

En los elegantes escaparates.

Ahora atravesamos un corsé.

Ahora una langosta y un jamón muy tierno...

Ahora medias de seda.

Ahora libros y después perlas, maquillajes, borlas para polvos...

¡Rómpelos! ¡Pisotéalos!

El centro de la ciudad está muy aburrido y bajamos al puerto. Allí siempre hay movimiento.

Claro que no puedes ver mar abierto, porque empieza más afuera, pero aquí están ya los barcos extranjeros, con los marineros de negro y amarillo.

Bajamos la ancha avenida que lleva al puerto.

Cada vez se vuelve más ancha y más animada.

A derecha e izquierda empiezan las atracciones..., macacos grandes y pequeños, adiestrados y sin adiestrar. Barracas de tiro al blanco y máquinas tragaperras, un salón de baile y la mujer más gorda del mundo. Una oveja de cinco patas, una ternera con dos cabezas..., un carrusel al lado de otro, un balancín al lado de otro y una modesta montaña rusa, sinceramente deplorable. Adivinas, comefuegos, tragasables, pepinillos en vinagre y mucho helado. Anomalías animales y humanas. Arte y deporte. Y allí detrás, al fondo, el castillo encantado.[13]

Pasamos de largo por las primeras barracas de tiro, pero a la cuarta o la quinta ya no podemos resistirlo, tenemos que disparar. Dar en ese blanco es para nosotros un juego de niños y la señorita que carga nuestras armas sonríe respetuosa.

Cuando disparan los soldados, siempre se queda mucha gente mirando. También ahora. En especial dos señoritas que ríen a cada disparo, como si la cosa fuera con ellas. De ese modo despiertan nuestra atención. A mí no me gustan, pero mis camaradas empiezan a hablar con ellas. Por principio no quiero ser un obstáculo para ellos, como una rueda de sobra en un carro, y los dejo a su suerte.

Van a bailar, yo me quedo solo.

Los sigo con la mirada.

No, esas dos señoritas no podrían interesarme...

Una tiene las piernas torcidas, la otra ni siquiera tiene piernas y donde debería estar el trasero, no hay nada. Y la primera tiene un diente negro y el sostén sucio. No, a mí me molestan esas minucias del amor, soy muy exigente.

Entro en el hipódromo.

Otras dos señoritas y un niño están cabalgando.

Suena la música, restalla el látigo, los viejos caballos corren en círculo.

El niño tiene miedo, las señoritas están muy concentradas.

El niño pierde su gorra de marinero y lloriquea, las dos señoritas sonríen.

Llevan muy subidas las faldas y puede verse que no llevan nada donde acaba la media. ¡Esas sí podrían gustarme, sobre todo la mayor!

Pero una señorita a caballo confunde.

Porque una señorita a caballo puede gustar fácilmente, eso no es ningún arte. Pero cuando luego se baja, entonces se da uno cuenta de lo que hay en realidad..., ¡ya me conozco yo esas decepciones!

Ahora desmontan y la mayor me sigue gustando Y la pequeña también.

Pero ya tienen un caballero.

Un hombrecillo, una rata miserable.

Las dos se cuelgan de la rata y sonríen:

—Queremos seguir montando..., ¡por favor, por favor!

—Todo lo que queráis —dice la rata.

Miro la lista de precios.

Montar una vez cuesta cincuenta.

¿Y todo lo que queráis?

Demasiado caro para mí.

¡Pero así se las gastan las muy monas!

Mejor una vieja rata que apeste a dinero que un joven bien entrenado, que además de a sí mismo, solo tiene dos estrellas en el cuello.

Para esto los guantes blancos tampoco valen una mierda.

Me voy del hipódromo y camino despacio por las barracas, sin un rumbo fijo.

A la derecha está el hombre con cabeza de león y a la derecha la mujer barbuda.

Me he puesto un poco triste.

El aire es cálido..., sí, es la primavera y por la noche los gatos dan serenatas. También los oímos en el cuartel.

Llega la noche y en el horizonte el día se marcha con un saludo de color lila. A mis espaldas ya es de noche.

Y mientras sigo así, caminando, me sobrecoge una idea desagradable: se me ocurre que esa rata del hipódromo es mi compatriota. Y me veo en el patio del cuartel jurando morir por la patria, siempre por nuestro pueblo.

¿Así que también por esa rata miserable?

¡No, déjalo! ¡No pienses! Pensando se le vienen a uno ideas malsanas.

¡Nuestros líderes sabrán bien qué hacer!

Y entonces me sobrecoge otra idea, ya la conozco. Me acompaña durante un rato y no me deja en paz.

«En realidad —dice—, tú no quieres a nadie...».

Sí, es verdad.

No soporto a nadie...

Tampoco a mí.

En realidad, los odio a todos.

Excepto a nuestro capitán...

Y sigo caminando por las barracas hasta el final y llego al castillo encantado con sus pináculos y sus torres y sus bastiones. Las ventanas tienen rejas y los dragones y los demonios miran hacia fuera.

Por el altavoz se oye un suave vals. Es una vieja melodía. Las risas y el griterío siempre ahogan la música. Debe de ser de la gente que está dentro. Porque afuera tiene que oírse que dentro lo pasan bien.

Pero yo ya me lo conozco.

¡Todo mentira!

Es un disco de gramófono todo ese ruido tan alegre... solo para atraer al público. No hay nada detrás y yo no voy a picar en esas casas de locos en las que aprende uno a tener miedo. Es demasiado ridículo.

Me dispongo a regresar, entonces miro a la entrada sin pensar en nada, en cierto modo de manera automática. Y me detengo.

¿O solo me lo ha parecido y he seguido andando?

Es posible. Pero después de dar dos pasos en efecto me paro y sigo mirando hacia allá.

Ahora todo está oscuro y yo estoy en mitad de la noche. En la caja del castillo encantado hay una señorita.

No se mueve.

No viene nadie.

Y por un instante todo me parece tan lejano, el mundo entero, y pienso que se me para el corazón. No se mueve ni una hoja, solo se oye muy suave la vieja melodía que sale del castillo encantado.

Tiene los ojos grandes, la señorita, pero no eran sus ojos, ni la boca ni el pelo..., creo que era una línea...

Pero ¡¿qué es lo que estoy diciendo?! ¡Un montón de tonterías!

Solo sé que me quedé parado, como si de repente tuviera ante mí una pared...

¡Tonterías! ¡Idioteces! ¡Sigue andando!

Sigo andando y tropiezo.

¿Con qué?

Con nada. Aquí no hay nada.

Pero ahora la señorita sonríe porque he tropezado. Ella lo ha visto. Sigue sonriendo.

La observo detenidamente.

Entonces ella deja de mirar hacia donde yo estoy. Coge un lápiz y escribe algo... ¿o acaso hace como si estuviera escribiendo solo para no verme?

¿Y por qué no quiere verme?

Probablemente porque no le gusto...

Tendrá ya a alguien, a algún rey de barraca.

Un funambulista, un tragasables, un payaso de circo...

¡Sigue andando!

Ando, pero no avanzo mucho. Solo cruzo la calle. Allí hay un heladero y me compro un helado. Aún puedo verlo perfectamente, el castillo encantado y a la señorita escribiendo.

Sigue sin venir nadie.

Me tomo el helado.

No sabe a nada.

Está tan frío que se me ponen los dientes largos como a un caballo viejo.

Ahora duele sin más...

¿Y por qué me compro, entonces, esta cosa teñida?

¡Si no me gusta el helado!...

Y mientras los dientes se me ponen cada vez más largos, me confieso a mí mismo que me lo he comprado tan solo para poder observar durante un rato más a la señorita de enfrente. Qué raro, sigo sin saber si podría gustarme..., ni siquiera sé qué aspecto tendría si se levantara. De momento solo conozco de ella lo que sobresale por encima de la ventanilla.

A lo mejor es una de esas bellezas sentadas...

Y cuando se levante, a lo mejor es más baja que estando sentada, o tres veces más alta...

A lo mejor está completamente desproporcionada.

Bueno, pues ¡adiós, buenas noches!

Ahora vuelve a mirarme.

Esta vez un poco más.

Y vuelve a sonreír..., ¿por qué?

¿Porque me estoy comiendo el helado con tanta rabia?

Por fin me lo he tragado, esa cosa asquerosa.

Entonces oigo que el heladero dice a mis espaldas:

—¿Otra porción?

—Sí —digo, y ya tenía otra porción en la mano.

Pero ¡¿qué es lo que me pasa?! ¡¿Es que estoy completamente imbécil?! ¡¿Qué hago comiéndome otra porción si me he puesto malo ya con la primera?!

Solo estoy haciendo el ridículo con el helado, estoy ahí plantado como un colegial y, sin embargo, llevo dos estrellas de plata...

Y ya me disponía a tirarlo al suelo todo con toda mi rabia cuando apareció de entre las tinieblas un capitán de caballería. Gracias a Dios lo vi en el último momento y saludé. El capitán dio las gracias y pasó de largo.

Ahora se ríe..., ¡claro!

Porque he hecho el saludo con el helado en la mano y, evidentemente, algo así es ridículo.

Desde luego soy idiota y ella se ríe, pero las risas del altavoz sofocan la suya.

No la oigo.

¡Pero esto ya me está pareciendo demasiado!

¡Ahora ya sí que me da igual! ¡Ahora vamos a hacer *tabula rasa*!

¡Y sin más dilación! ¡Ahora mismo!

Tiro el helado al suelo, al caer hace un ruido sordo y cruzo la calle. Todo derecho. Hacia el castillo encantado.

Dirección: la taquilla.

Directo a ella. ¡Ya veremos si sigue riéndose cuando llegue!

Me ve llegar y ya no se ríe.

¡Ajá!

Tan solo me mira con los ojos bien abiertos a medida que me acerco..., bien abiertos y serios.

¿Tienes miedo de mí?

¡Ten cuidado, que voy!

Ya he subido los tres últimos escalones y ahora estoy frente a la taquilla. Ella mira hacia abajo, solo le veo el pelo. Es suave y delicado.

En el mostrador hay una hoja de papel. No ha escrito nada, solo algunos garabatos. Todo tipo de líneas...

Y digo:

—Una entrada. —Ha sonado un poco duro y me ha dado lástima.

—Aquí tiene —dice ella.

¿Le tiembla la mano?

¿O estoy temblando yo?

Me da el cambio.

No había visto a nadie dar tan bien la vuelta.

La línea, la línea..., tengo que volver a pensarlo.

Y entonces entro en el castillo encantado.

Al principio todo está muy oscuro, hay que avanzar a tientas... a derecha e izquierda. Y mientras voy tanteando no puedo dejar de pensar en su voz, en cómo ha dicho antes «aquí tiene».

Siento como si ya hubiera oído esa voz, en algún lugar, en algún momento..., hace casi una eternidad. Y, de repente, se me viene a la mente que no sé cómo era la voz de mi madre.

Es que ni siquiera puedo acordarme de mi madre.

Murió justo después de la guerra mundial, de gripe, cuando yo era aún muy pequeño...

A menudo, cuando estoy solo en el puesto de guardia, me pasa por la cabeza, como una vieja nube, sobre todo de noche. El pasado intenta atraparme.

Luego me veo entre la mesa y la cama.

Tengo tres años, no más...

La ventana está alta, solo puedo mirar por ella si alguien me aúpa. Y cuando miro, no veo nada. ¿O es que entretanto lo he olvidado?

Hoy solo sé que me arrastraba hacia la ventana...

Pero en la estufa no había fuego. Es que después de una guerra a menudo no hay carbón.

«Hace frío», ese es mi primer recuerdo.

La primera sensación que me ha quedado.

Qué raro que nunca se me haya ocurrido pensar que no sé cómo era la voz de mi madre..., ¡pum!

¡Casi me caigo!

Hay una hendidura, pero solo en el lado izquierdo, de manera que hay que ir con la pierna izquierda más abajo que con la derecha. ¡Qué idiotez!

Por fin vuelvo a tener la pierna izquierda al mismo nivel, entonces me hundo con la derecha. ¡Pero esto es una auténtica estupidez!

¡Una linda diversión!

Ahora estará ahí fuera, en su taquilla, riéndose de que yo esté dentro. A pesar de todo tiene una boca bonita... si no me engaño.

¿Cómo es en realidad?

Qué raro, he estado mirándola un buen rato y aún no lo sé exactamente.

¿Por qué me habré tragado el helado?

Soy bobo.

Pero ¡basta! Casi siempre estaba con la cabeza baja porque estaba garabateando sus líneas y así no tenía que mirarme...

Sí, sí, ¡esas líneas!

Ellas tienen la culpa de que yo ande ahora por aquí dando traspiés..., pasando por alfombras que se mueven, puentes que flotan, al lado de ataúdes con figuras de cera decapitadas, rodeado de fantasmas, ahorcados, torturados... pero a mí no me asusta nada. Me daría mucha lástima a mí mismo si me asustara.

Tuerzo por una esquina y me encuentro con un esqueleto.

Lo contemplo de cerca.

Podría ser un esqueleto de verdad y ese es el aspecto que tenemos cuando se nos acaban los encantos.

Y las líneas...

Le doy la mano al hueso.

Tras la siguiente puerta vuelvo a estar al aire libre. Al lado de la taquilla.

Pero mi línea ya no está.

Sino una vieja bruja.

La observo perplejo y ella me adivina el pensamiento.

—Mi hija se ha marchado —dice un tanto burlona.

—¿Adónde? —pregunto yo mecánicamente.

—Al cine.

Hago un leve saludo militar y también me marcho.

¡Daos la vuelta!

Por delante de todas las barracas hasta el centro de la ciudad... deprisa o despacio, ya no lo sé.

De repente siento una punzada.

Me detengo.

«¿Por qué no le has preguntado a la vieja a qué cine había ido su hija? ¡Si aún tienes tiempo, idiota!». Me apresuro a regresar.

Pero el castillo encantado ya está cerrado y no hay nadie. Sí, hoy ya es demasiado tarde...

¡Pero espera, volveré!

¡El domingo que viene!

Entonces vendré derecho aquí, en cuanto den las dos...

¡Entonces ya no habrá de qué reír!

Hasta la vista, líneas...

No puedo por menos de seguir riendo, ¿qué es lo que me pasa?

La luna brilla, el aire es cálido y los gatos están con sus serenatas.

Y, cuando cruzo el patio del cuartel, lo veo ante mí, el castillo encantado con sus pináculos, sus torres y sus bastiones. Las ventanas tienen rejas y los dragones y los demonios miran hacia fuera.

EL CAPITÁN

Algún día, cuando los tiempos en los que vivimos hayan pasado, el mundo podrá entonces juzgar lo violentos que han sido.

A menudo los grandes acontecimientos proyectan sus sombras sobre nosotros, pero no nos encuentran desprevenidos.

No hay sombra en el mundo con la que no tengamos que estar contando siempre. ¡No tenemos miedo!

La noche del jueves al viernes de repente sonó la alarma. Nos despertamos sobresaltados y formamos con todo el petate. En fila, uno por uno.

Eran las tres de la mañana.

Despacio el capitán nos pasó revista...

Más despacio que de costumbre.

Revisó una vez más que todo estuviera en orden..., por hoy ya no va a haber más maniobras.

Más deprisa de lo que imaginábamos llegó lo serio.

La noche es aún más profunda y el gran momento se acerca...

Pronto empezará.

Hay un país que nos vamos a quedar.

Un pequeño Estado, y su nombré pronto será parte de la historia.

Un producto no apto para la vida.

Dominado por un Gobierno lamentable, que no representa más que el denominado punto de vista de la justicia...

Un punto de vista ridículo.

Ahora está delante de mí, el capitán, y, mientras me observa, no puedo por menos de pensar, sin querer: si supiera su nombre, le escribiría,

directamente al castillo encantado.

«Estimada señorita —pondría—, me hubiera gustado ir el domingo que viene, pero, desgraciadamente, el deber me lo impide. Ayer era jueves y hoy ya es viernes, tengo que marcharme de improviso por un asunto urgente, del que, no obstante, nadie puede saber nada, pues la muerte entra en juego. Aún no sé cuándo regresaré. Pero usted será para siempre mi línea...»

No puedo evitar sonreír ligeramente y el capitán duda un momento.

—¿Qué sucede? —pregunta.

—A sus órdenes, nada.

Ahora está frente al compañero de al lado.

¿Tendrá él también una línea?, se me pasa de repente por la cabeza...

¡Da igual! ¡Adelante!

La patria llama y, con razón, no tiene consideración alguna con la vida privada de sus hijos. Ya nos vamos. ¡Por fin!...

Algún día, cuando los tiempos en los que vivimos hayan pasado, el mundo podrá juzgar lo pacíficos que fueron.

Nos hacemos un guiño.

Porque amamos la paz, exactamente igual que amamos nuestra patria: por encima de todo en este mundo.^[14] Y nosotros no hacemos más la guerra, solo limpiamos.

Nos hacemos un guiño.

Hay un país que nos vamos a quedar.

Un pequeño país y nosotros somos diez veces más grandes..., ¡así que adelante, con aire fresco!

El que se arriesga, gana..., en especial con una superioridad aplastante.

Y, en especial, si te da por sorpresa. Justo en la cabeza... ¡sin declaración de guerra!

¡Pero nada de anticuadas formalidades!

Nosotros limpiamos, limpiamos...

En secreto, como si fuéramos ladrones, cruzamos la ridícula frontera de ese Estado imposible. Desarmamos rápidamente al par de aduaneros..., mañana hará tres semanas, pero la capital ya es nuestra. ¡Hoy somos los amos!

En el valle arden los pueblos.

Están en llamas, rodeados por agrestes montañas.

¡Bravo, aviadores!

Aunque personalmente no os aguanto, hay que reconocer, en honor a la justicia, que habéis hecho todo el trabajo.

No se os ha escapado nada, aunque todos estaban muy adaptados a las condiciones del terreno.

Lo habéis hecho todo..., ¡bravo, aviadores! ¡Bravo!

¡Abatidlo todo a tiros, reducidlo todo a cenizas hasta que no quede nada, solo nosotros!

Porque nosotros somos nosotros.

¡Adelante!

Alegres seguimos vuestras huellas...

Marchamos por una meseta bien alta.

A nuestro alrededor se abren las bocas de los abismos y por abajo corren las aguas.

Es un atardecer agradable con nubecillas blancas sobre un horizonte rosa.

Hace dos horas apresamos a cinco civiles, a los que habíamos pillado con unos cuchillos largos. Vamos a colgarlos, da pena gastar una bala con esta gentuza tan malvada. Pero la montaña está pelada y es toda de roca, no hay un solo arbusto. Los llevamos con nosotros, a nuestros presos, y esperamos hasta que aparezca un árbol.

Están atados entre sí, los cinco a una cuerda. El mayor debe de tener unos sesenta, el más joven podría tener diecisiete.

Su idioma es feo, no entendemos una sola palabra.

Sus casas son bajas, estrechas y sucias. Nunca se lavan y les huele el aliento. Pero sus montañas están llenas de minerales y la tierra es buena. Aunque por lo demás no hay nada de valor.

Ni siquiera sus perros valen una mierda. Sarnosos y llenos de piojos vagan por entre las ruinas.

Ninguno sabe dar la pata.

A nuestro alrededor se abren las bocas de los abismos y por abajo corren las aguas. Dos cornejas pasan volando.

Avanzamos por la alta meseta.

Las cornejas regresan...

Ha sido un atardecer agradable y ahora llega la noche.

Algún día, cuando los diarios puedan informar sobre nuestra lucha siendo fieles a la verdad,[15] entonces los poetas también se acordarán de la patria. Les invadirá el genio de nuestro pueblo y darán en el clavo cuando nos ensalcen y nos alaben como los modestos héroes que fuimos.

Porque también alguno de nosotros ha mordido ya el polvo.

Pero ni siquiera sus familiares más próximos lo supieron, para poder estar orgullosos de su sacrificio.

Las listas de bajas eran secretas y continuaron siéndolo durante mucho tiempo. Lo único que se colaba sin permiso era la sangre...

En la quinta semana de nuestra ofensiva nuestro capitán cayó en el campo del honor. Cayó en circunstancias realmente extrañas.

En realidad, desde que atravesamos la frontera, el capitán se había convertido en otro hombre.

Estaba como cambiado.

Absolutamente transformado.

Nos preguntábamos si no estaría enfermo, si no le estaría atormentando algún sufrimiento que ocultaba en secreto. Su rostro se volvió cada vez más gris, como si le doliera cada paso que daba.

Y el 5 de junio llegó el final.

Sin recelar nos aproximamos a unas ruinas, desde las que de repente descargó sobre nosotros una salva.

Nos tiramos al suelo y tratamos de ponernos a cubierto.

No, eso no ha sido una salva..., ha sido una ametralladora. Ya conocemos la melodía.

Está ante nosotros, oculta en un granero.

Alrededor todo está quemado, el pueblo entero...

Esperamos.

Entonces aparece enfrente una figura, va por la casa carbonizada y parece estar buscando algo.

Uno apunta y dispara..., la figura grita y cae.

Es una mujer.

Ahora está en el suelo.

Sus cabellos son suaves y delicados, se me pasa de repente por la cabeza, y por un segundo no puedo evitar pensar en el castillo encantado.

He vuelto a acordarme de él.

Y entonces ocurrió algo tan inesperado que nos dejó a todos mudos de asombros.

El capitán se había levantado y caminaba lentamente en dirección a la mujer...

Todo tieso y extrañamente seguro.

¿O acaso se dirige al granero?

Camina, camina...

Le van a dar..., ¡va hacia una muerte segura!

¡¿Es que se ha vuelto loco?!

En el granero hay una ametralladora...

¡¿Qué es lo que quiere?!

Continúa andando.

De repente todos gritamos:

—¡Capitán! ¡Capitán!

Suena como si tuviéramos miedo...

Pues claro, tenemos miedo y gritamos...

Pero él sigue andando tan tranquilo.

No nos oye.

Entonces me levanto de un salto y echo a correr tras él..., ni yo mismo sé cómo se me ocurrió salir de donde estaba a cubierto...

Pero quiero traerlo de vuelta, ¡tengo que traerlo de vuelta!

Entonces empieza... la ametralladora.

Veo cómo el capitán se balancea, cae... completamente rendido...

Y yo siento un dolor ardiente en el brazo... ¿o era el corazón?

Me tiro al suelo y utilizo al capitán para cubrirme.

Está muerto.

Entonces veo algo blanco en su mano...

Es una carta.

Se la quito de la mano y escucho cómo siguen disparando..., pero ahora me protege mi capitán.

«A mi mujer», pone en la carta.
Me la guardo y luego ya no sé nada más.

OceanofPDF.com

EL MENDIGO

No fue el corazón, solo fue el brazo, pero por desgracia el hueso.

Se astilló.

Sacaron la bala y, poco a poco, las esquirlas volvieron a juntarse. Estuve muchas semanas en el hospital, primero aún en tierra enemiga, luego me llevaron a casa. Porque el disparo era más complicado de lo que se suponía en un principio y tenía mucha fiebre.

Ojalá pueda volver a mover bien el brazo, porque de lo contrario habría que dejar el Ejército y, entonces, ¿qué haría yo?

No tengo nada. Ni un céntimo.

Seguro que tendría el agradecimiento de la patria, de eso estoy convencido, pero las pensiones de inválido son mínimas..., con eso no es suficiente.

¿Y qué hay de la ropa, los zapatos?

Tiempos pasados, en los que hacía mucho que ya no pensaba, vuelven a aparecer otra vez...

La nieve empieza a caer.

Pensaba que os había olvidado, a vosotros, días de mi juventud sin perspectivas...

Pero la sopa en la que metía la cuchara, está hirviendo y los santos del tejado de la iglesia vuelven a mirarme de nuevo.

¡Dejadme en paz!

Pero no se van.

Pasan ante mí, mudos y alegrándose de mi mal, bajo un cielo revuelto. Entonces vienen los pequeños anuncios de los grandes periódicos, las

casetas de baño abandonadas, el de la brigada criminal y la fina capa de hielo...

¡Es una vergüenza!

Tengo frío.

Está nevando sobre la tumba de mi futuro...

—Sigue con fiebre —oigo la voz de una mujer. Es la enfermera gorda que me está cuidando. Me gusta verla, porque casi siempre sonríe un poco, como si fuera la persona más satisfecha del mundo.

Abro los ojos y veo a un oficial al lado de la gorda.

Me está observando.

No lo conozco.

Es un teniente y se dirige a mí. Oigo que, por el audaz acto de valentía con el que traté de salvar al capitán, me han alabado y ascendido. Y me da una estrella, mi tercera estrella de plata.

Pregunta si tengo dolores muy fuertes, pero no espera mi respuesta, sino que continúa diciendo que está convencido de que mi brazo volverá a estar bien y de que tengo ante mí un brillante futuro. A lo mejor incluso una estrella de oro me está llamando...

Y, de repente, se pega a mí y me habla en voz muy baja, para que la enfermera no le oiga. Que no debo olvidar jamás, dice, que no he luchado como soldado del ejército regular, sino como lo que se denomina un voluntario. Porque en el país enemigo, según la versión oficial, no hay guerra ninguna, sino una abominable revolución, y no hay allí ni una sola de nuestras unidades militares, sino, como ha dicho, únicamente combatientes voluntarios del lado de los que quieren construir algo frente a esa infrahumanidad organizada...[16]

—¡Ya lo sé, mi teniente! —digo.

—Solo quería recordárselo —dice y vuelve a alejarse un poco de mí.

—¡Mi teniente! —exclamo—. ¿Y cómo nos está yendo?

Sonríe con gesto irónico.

—¡De maravilla! En realidad, vosotros, bravos voluntarios, ya habéis vencido, ahora solo hay que limpiar.

Ajá, limpiar...

También yo tengo que sonreír con gesto irónico.

El oficial se marcha y la enfermera me coloca la almohada. Luego me trae leche y pan.

Afuera canta un pájaro.

Mira..., mira, así que ya hemos vencido. Sí, sí, hay que ser listo si quiere uno ser útil a la patria. Listo y no solo valiente. Ahora pondrán un Gobierno de mentira cualquiera, criaturas sobornadas, y el país que nos queríamos quedar, nos caerá llovido del cielo..., ¡bien hecho!

Me alegro.

¡Con tal de que mi brazo vuelva a estar bien! ¿Qué no daría yo a cambio?... ¡Creo que todo!

Pero si no tienes nada, vuelve a pasárame por la cabeza. ¿Qué es lo que podrías dar a cambio de tu brazo?

Diez años de mi vida.

¡Absurdo! ¿Cómo sabes cuánto vas a vivir? ¡Un montón de promesas vacías!

Y pienso que si aún creyera en lo que me contaron en la escuela, ahora diría que renuncio a mi salvación celestial y no me importaría que me quemaran en el infierno.

Pero por desgracia no hay ángeles y tampoco demonios...

¡Alto!, me estremezco. ¿Qué estás pensando?

¿No hay demonios?

No puedo por menos de sonreír.

Entonces vuelvo a verlo ante mí, el castillo encantado. Las ventanas tienen rejas y los dragones y los demonios miran hacia afuera...

No puedo dejar de sonreír.

Cuando me ponga en pie..., Sí, entonces volveré allí. No debe de estar muy lejos, porque este hospital está también cerca del puerto en el que están los barcos extranjeros con los marineros de negro y amarillo. Tal vez, si pudiera mirar por la ventana, podría incluso ver mi castillo encantado.

Pero la ventana está alta y solo puedo mirar por ella si alguien me aúpa como si volviera a ser muy pequeño.

Sí, sí, aún estás en el suelo y tienes tres años, no más.

«Hace frío», este sigue siendo tu primer recuerdo...

¡Si al menos volviera a tener mi brazo! ¡Ay, si volviera a tenerlo! ¡Uno no se da cuenta de lo que tiene hasta que lo ha perdido!

Ojalá vuelva a encontrarlo, mi brazo...

Lo buscaré por todas partes, juntaré todas las esquirlas y las uniré muy artísticamente, como si fuera un juego de niños...

—Sigue teniendo fiebre —oigo la voz de mi enfermera.

Me gustaría verla...

A su lado está el médico.

Tan solo me observa y dice:

—Hum.

Luego vuelve a su ronda...

En mi sala hay diecisiete más.

Un montón de voluntarios heridos.

En fila, uno al lado del otro.

Algunos ya pueden levantarse y juegan a las cartas. O al ajedrez.

Algunos ya están casi curados.

Solo a uno le falta una pierna. Este nunca lo estará.

Dos han muerto ya.

El primero hace diez días, el segundo esta noche.

Me desperté de repente y vi que en su mesilla había unas velas encendidas. En el centro había un crucifijo.

Todo estaba muy en silencio.

¿Es que están todos durmiendo?

¿Es que no lo ve ninguno? ¿Solo yo?

No, todos tenían los ojos abiertos, pero no se movían.

El silencio era cada vez mayor.

La enfermera estaba ante la mesilla, rezando. Y, de repente, no pude por menos de pensar: ahora este voluntario está ante su juez supremo.

Así lo aprendí hace tiempo.

Y la enfermera reza por él. Ruega por su alma inmortal...

Pero ¿qué es lo que ha hecho?

La enfermera gorda le dice al juez: por favor, apiádate de él...

Pero ¿qué delito ha cometido?

¿Por qué tiene que apiadarse tu juez supremo? Ese valiente cayó por su patria, ¡¿qué más quieren de él?!

¡Dio su vida, eso basta!

Porque los pecados que uno haya cometido en privado se borrarán todos si uno muere por la vida eterna de su pueblo..., ¡tenlo en cuenta, enfermera!

¿Sigues rezando?

Eh, mejor reza por mí, para que mi brazo se ponga bien, ¡eso sería más inteligente! Pero espera, tú, gorda, ¡ya te lo explicaré cuando llegue el momento!...

Y el momento llegó. A los pocos días. La gorda trajo leche y pan.

El brazo no ha mejorado.

—Enfermera —digo—, rece también por mí alguna vez para que me ponga bueno.

Ella escucha atentamente y me mira severa, aunque solo por un instante. ¿Es que no lo he dicho con suficiente devoción? Tampoco lo he dicho en serio, pues solo quería ponerla en un apuro..., ¿por qué?

Por maldad.

No creo que los rezos sirvan de nada, pero me he esforzado por comprenderlo de verdad.

—Yo siempre rezo por todos mis enfermos —dice y ahora vuelve a sonreír como siempre—. A usted tampoco lo excluyo.

—¿Y cree usted que me pondré bien?

—Eso no se sabe.

Anda, pienso yo, y me vuelvo más malicioso.

—Con la oración solo se puede rogar a Dios —continúa diciendo la enfermera—, pero si Él nos escucha, de eso nadie puede dar fe, porque como simple mortal no conoce uno esas relaciones.

—¿Qué relaciones?

—Dios lo sabe todo, lo oye todo y no pierde a nadie de vista, día y noche, porque tiene previsto algo para cada uno.

—¿Para cada uno en persona?

Me mira con los ojos muy abiertos.

—Naturalmente —dice—, y lo principal es que uno siga sus mandamientos. Usted los ha olvidado, ¿no?

¿Sus mandamientos?

La miro fijamente. Me lo pregunta con tanta dulzura como si no le asombrara en absoluto. Ahí está, gorda y segura, delante de mí y su satisfacción me desagrada.

Me confunde.

—Claro que conozco sus mandamientos —le digo y no puedo por menos de esbozar una leve sonrisa de burla—, por ejemplo, ama a tus enemigos...

—Sí —me interrumpe y, de repente, se pone muy seria, casi estricta—. Ama a tus enemigos, pero odia el error.

¿El error?

Escucho con atención.

Ahora vuelve a sonreír, como si no hubiera dicho nada.

Solo asiente... amable, muy amable...

Llega el médico.

Se acerca a mi cama.

Y yo le pregunto:

—Doctor, ¿cómo está mi brazo?

Hace un gesto de amargura y no responde. Luego continúa su ronda...

Lo sigo con la mirada y, de repente, me entra miedo, un miedo terrible.

La enfermera sigue aún a mi lado.

Me observa.

Querría llorar, pero tan solo aprieto los dientes.

Cierro los ojos y veo chiribitas.

Todo está confuso.

Me siento cada vez más débil.

¡Veo chiribitas, veo chiribitas!

Me parece que mi brazo nunca...

La confusión da vueltas a mi cama y de entre el círculo emerge una colina.

Una suave colina.

En la colina hay un ángel.

Me está esperando y sujeta mi brazo con su mano izquierda.

En la derecha lleva una espada.

Las flores se abren, pero hace un frío tremendo.

Y tengo que pensar en que le voy a preguntar a Dios por qué hace tanto frío.

Porque también se puede hablar con Dios, se me ocurre.

Cada vez recuerdo con más claridad que hay que prometerle algo para que nos ayude...

¡Cierto! ¡Para que nos ayude!

Hay que darle algo, cualquier cosa, aunque sea mínima, él lo agradece todo...

Como si fuera un mendigo.

Regálale algo...

Al primer mendigo que te encuentres cuando puedas volver a salir regálale..., ¡regálale un tálero!

No, uno no..., ¡tres, cuatro, cinco!

¡Eso es, cinco táleros!

Con cinco táleros puede uno comprarse un sinfín de cosas si ahorra como hasta ahora...

Cinco táleros es mucho para mí.

Se los daré al buen Dios para que el ángel me devuelva mi brazo.

Veo chiribitas, veo chiribitas...

Los días pasan y se llevan las noches con ellos.

Cuando viene el médico ya no hace ningún gesto.

El brazo mejora.

Hoy ya puedo moverlo, claro que con mucho cuidado...

¡Pero irá a mejor! ¡A mejor, a mejor!

Si no me doliera tanto, abrazaría con él al mundo entero, ¡así de rosa me parece otra vez el futuro!

Pronto dejaré la cama, si todo transcurre sin recaídas.

No va mal, no va mal...

La enfermera me trae el uniforme.

Hoy puedo salir por primera vez, aunque solo media hora.

Adoro mi uniforme.

¿Dónde has estado tanto tiempo?

«Colgado en un armario —dice el uniforme—, junto a un pantalón viejo y un gabán de color claro..., un montón de civiles, ¡brrr!».

Me visto.

«Pero ¡qué locura! —dice el uniforme asombrado—, ¡cuánto has adelgazado! ¡Te cuelgo por todos los lados! ¡No tengo un aspecto muy elegante, tienes que reconocerlo!».

«Consuélate —le tranquilizo—, yo también te he traído algo».

Y le enseño mi tercera estrella de plata.

Entonces, como es natural, resplandece y le da igual si me cuelga por todos los lados.

La enfermera la estaba cosiendo, la estrella...

La veo en el espejo.

En el bolsillo hay algo blanco...

¿Qué carta es esa?

«A mi mujer», pone arriba.

¡Ay, la carta del capitán!

—La habríamos expedido ya —oigo decir a la enfermera—, pero no sabíamos a quién debíamos enviarla, usted no está casado...

Anda, la gorda piensa que la carta la he escrito yo...

No..., no, yo estoy solo.

Mi madre está muerta y con mi padre no tengo ninguna relación. Seguro que anda cojeando por su taberna, y que lo haga si es lo que quiere.

Me guardo la carta y salgo a tomar el aire.

No tengo a nadie.

¿Por qué no le he dicho sin más que la carta es para la viuda de mi capitán?

Probablemente porque quiero llevársela en persona.

Porque sería lo adecuado.

Más o menos sé dónde vive.

Cuando pueda salir más tiempo, iré a visitarla, porque vive en las afueras y a lo mejor tengo que pasar la noche allí.

Ojalá sepa ya que su marido cayó por la patria...

Y, de repente, se me vuelve a pasar por la cabeza por qué en ese momento su marido salió corriendo hacia aquel granero. ¿Es que quería hacerse con la ametralladora él solo? Debía saber que iba a una muerte segura, que no tenía ningún sentido..., ¿qué era entonces lo que se proponía?

¿Qué era lo que se había imaginado?

Tuerzo en la esquina.

Allí hay agachado un mendigo...

El primer mendigo, se me viene a la mente.

Echo mano al bolsillo para darle los cinco táleros prometidos.

El mendigo parece no percatarse de mi presencia.

¿Está ciego?

¿O acaso lleva unas gafas azules porque quiere engañarme?

Cinco táleros es mucho dinero.

A lo mejor me ve perfectamente...

A lo mejor el mendigo tiene más que yo.

Dale los táleros...

No, no te los voy a dar y voy a pasar de largo.

Me han estirado, señor mío, masajeado, torturado, y esos procedimientos me han devuelto el brazo..., ¿entendido?

Ha sido el arte de los médicos y mi promesa fue un producto de mi debilidad. La cabeza me daba vueltas por la fiebre y estaba absolutamente desesperado cuando te prometí los cinco táleros...

Sí, no estaba en mis cabales.

¡Pero ahora soy otra vez el de antes!

EN CASA DEL AHORCADO

Dios lo sabe todo, ha dicho la enfermera. No pierde de vista a nadie, ni de día ni de noche...

Si eso es verdad, a mí no me gustaría ser el buen Dios. Estar siempre observando a cada uno, cuando el individuo hace ya mucho tiempo que no cuenta para nada..., un oficio ingrato.

Además, el buen Dios cada día está más de sobra.

Es probable que ya ni siquiera exista, porque lo permite todo y no hace absolutamente nada para evitarlo. ¿O acaso solo lo parece?

Resumiendo: que no lo sabemos y ¿quién podría saber lo que está aún por venir? Yo no.

¿Quién habría podido osar imaginarse, por ejemplo, que un día en esta vida yo iba a tener relaciones con la viuda de mi capitán?

Lo que se dice tener relaciones..., y aunque solo fuera por una noche.

¿Quién habría supuesto esa noche?

Incluso a mí mismo me parecía tan inconcebible que luego empecé a cavilar sobre las leyes tan simples que hay en nuestro mundo. Leyes que no entienden de bromas, de forma que a veces uno podría llegar a asustarse.

A lo mejor sí que existe un ser superior.

Si alguien me hubiera dicho antes que me iba a acostar con la viuda de mi capitán, le habría dicho: «¡Tú sueñas!».

En realidad, tampoco sé si yo lo quería. Solo sabía que tenía las piernas largas.

Debía de ser más alta que el capitán.

Sí, sí, a veces soy capaz de amar las piernas de las mujeres, porque para mí nunca tienen fin. Y pueden pasar por encima de todo, saltar por encima

de todo, con tanta facilidad como si no fuera nada.

En una ocasión leí un libro sobre el lenguaje de las piernas. Era de una revista y lo llevé conmigo durante un tiempo.

El sargento mayor lo encontró y se lo llevó a casa. Su mujer lo quemó en el fogón.

«Una guarrería», dijo.

Pero no era una guarrería, sino mujeres robustas, fotografiadas con poca o casi ninguna ropa.

En la portada había un busto: la dama del armiño.

Y en ese busto tuve que pensar al ver por vez primera a la viuda de mi capitán.

Llevaba una bata, aunque ya era por la tarde.

Vivía en el primer piso de una pequeña villa. Debajo de ella vive un procurador jubilado y por encima está ya el tejado.

La villa está muy en las afueras, en el límite mismo de la ciudad.

Es un barrio nuevo.

Hace cinco años allí no había nada..., ni luz ni pavimento ni canalizaciones, solo hierba. Pero donde antaño pastaba el ganado, hay hoy coquetas casitas unifamiliares, porque el mundo gira y la vida no es miserable. Siempre estamos desarrollándonos más.

Cuando dejé el tren de cercanías, sentí de repente que ya había llegado el otoño. Dentro, en la ciudad, podía uno engañarse, pero aquí fuera el sol brillaba tan tristón como si tuviera los ojos empapados en lágrimas. Alrededor se acumulaban las nieblas y las hojas amarillas caían sin hacer ruido.

Un viejo iba recogiénolas lentamente...

¿Qué se hace con las hojas amarillas?

Mi capitán, ¿dónde estás ahora?

No puedo pensar en ti, porque entonces las hojas caen más en silencio.

Cuando vi por primera vez a tu viuda acababan de dar las seis. Mi tren había llegado a su hora, a las 17:09 en punto, pero no fui directamente a verla, sino que me tomé una cerveza en la cafetería de la estación. Pues, sinceramente, me resultaba bochornoso verla. A lo mejor aún ni siquiera sabía que ya no existías, y entonces habría tenido que comunicárselo, me

habría mirado horrorizada y yo habría tenido que buscar palabras de consuelo..., no, no puedo, no es lo mío, ¡no me gustan las mujeres que lloriquean!

Pero mi temor fue en vano. Porque cuando empecé a tartamudear, me interrumpió al instante y escuché lo que ya sabía hacía meses, que ya no existes. Un teniente le había transmitido con mucho respeto que habías caído como voluntario..., al pronunciar la palabra *voluntario* sonrió con algo de amargura, pero, aun con todo, percibí que ya había superado su mayor dolor.

Así que me había tomado la cerveza en balde.

Era una cerveza deplorable.

Sí, entonces yo no podía ni imaginar que me acostaría con ella, y además esa misma noche. Si alguien me lo hubiera profetizado, le habría tirado la cerveza a la cara.

No solo porque me habría parecido desleal liarme con la mujer de mi capitán..., pero ¡alto! En realidad no le he engañado, porque ya no está entre nosotros, los vivos. Y, además, la carne es débil, eso no es nada nuevo.

[17]

Mientras me tomaba aquella estúpida cerveza no dejaba de contemplar su carta con el texto: «A mi mujer»...

Qué raro que la enfermera pensara que yo tenía una mujer.

Sería una broma que yo estuviera casado.

Creo que no valgo para eso.

En este punto me va exactamente igual que a ti, mi capitán.

También tú eras desgraciado en tu matrimonio..., ¡calla, todos lo sabíamos! Por eso también vivías con nosotros en el cuartel y tu esposa aquí afuera, en la dirección opuesta. Solo la veías los domingos y los días de fiesta. No os entendíais, eso era sabido. Nosotros tampoco podríamos habernos imaginado cómo te las arreglabas con una mujer, hasta tal punto eras nuestro.

El cuartel era también tu única patria, créeme. Cuando pasabas revista a nuestras tropas, todos sabíamos que éramos tus hijos.

Al lado de eso, ¿qué era el amor de una mujer?

Un débil reflejo.

Y, a pesar de ello, cuando durante largo tiempo no puede uno decir de una mujer que es suya, le vienen por la noche esos sueños en los que uno ya no sabe si es un caballero o una señorita...

Lo dicho, acababan de dar las seis.

Estábamos sentados en el salón, ella y yo.

Su bata tenía un amplio escote y en la mesita había cigarrillos.

Cogió uno y fumó; y a mí también me dio uno y yo también fumé.

Llevaba unas medias de seda negra y en ellas podía percibirse también que ya sabía que no existías.

En la pared había un cuadro, ya lo conoces.

Un retrato al óleo. Con un armiño.

Tal vez fuera ese armiño el que, sin querer, me llevó a establecer la comparación con el busto de la revista. Aunque eso se lo dije después.

Pero créeme, por favor..., no fui yo el que empezó, sino ella. Ella fue la parte activa. Me abrazó y dijo: «¿Por qué me abrazas?». Me desabrochó la chaqueta y dijo: «¿Qué estás haciendo?». Me dio un beso y dijo: «¡Déjame!». Me estrechó contra ella y dijo: «¡Vete de aquí!»...

Pero todo esto no lo hizo hasta después de la cena.

Porque me invitó, ya que el siguiente tren no regresaba hasta las 9:12, aunque entonces no pensábamos en nada más.

Al menos yo no.

A lo mejor ella sí.

Sí, sí, nosotros, los hombres, caemos en el campo de batalla y las mujeres caen en casa. Nosotros, los hombres, acabamos bajo tierra, las mujeres vuelven a levantarse y se cambian de ropa.

¡También tu esposa, mi querido capitán! ¡También la tuya!

Pero ¿por qué te cuento todo esto? ¿Por qué?

¿Por qué no dejo de pensar en ti?

Es que suena como si quisiera defenderme...

¡No, Dios sabe que no lo necesito!

No hice nada malo y ella tampoco hizo nada similar... y tú, ¡tú estás muerto! ¡Desaparece!

Además, ¡algún que otro vínculo entre tú y yo se ha roto desde que sé lo que le escribiste a tu mujer, desde que lo leí con mis propios ojos!

¿Por qué me insultas en tu carta? ¿Qué te he hecho yo? ¿Es que acaso no intenté salvarte? ¿Por qué dices que soy un criminal sin honor?

Capitán, ¿qué significa eso?!

Solo puedo suponer que estabas enfermo cuando escribiste esa carta... y eso es lo que le conté también a tu viuda, que, al parecer, ya no estabas en tus cabales, que lo más probable era que hubieras perdido los nervios y tu confusa fantasía te jugó una mala pasada.

Ella fue poniéndose cada vez más pálida a medida que leía tus líneas, y luego se puso roja, de un rojo oscuro. Y mientras tanto tenía la boca abierta, como un niño que se asombra sin mesura. Y luego, luego me observó..., no, no asombrada, sino horrorizada. Jamás olvidaré esa mirada.

Tiene los ojos de un color gris claro, ya lo sabes. Me miraron fijamente, esos ojos, pero yo sentí como si ella no pensara en nada o como si todo le rondara por la cabeza.

No pronunció una sola palabra y la carta empezó a temblar en sus manos. Poco a poco empecé a sentirme incómodo y traté de averiguar lo que habías escrito, pero ella se me adelantó.

—Horrible —dijo, y por cierto en voz muy baja.

Entonces se puso en pie y anduvo de un lado a otro.

¿Qué es lo que le pasa?

De repente se detiene justo delante de mí y no me quita los ojos de encima.

—Y él..., ¿él le dio a usted esta carta?

—Sí, es decir, yo se la quité de la mano...

—¡Silencio! —me interrumpe gritando—. ¡No siga hablando, monstruo! Es demasiado horrendo... ¡Ni una palabra, ni una palabra!

Se echa en el sofá y solloza.

Yo ya no entiendo nada y se me viene a la mente la palabra *histórica*.

¿Qué hacer?

No lo sé y la dejo sollozar.

Llora cada vez menos y, lentamente, vuelve a incorporarse, se seca las lágrimas con un pequeño pañuelo y se suena con disimulo. Entonces vuelve a tomarla otra vez conmigo:

—Escuche, tiene usted que contármelo todo, todo, todo... ahora, sí...

¿Por qué ahora?

—¿Así que —continúa diciendo, tratando de dominarse— usted le quitó la carta de la mano?

—Sí, porque me di cuenta de que tenía algo blanco en la mano.

—Usted quería salvarlo, ¿no?

Siento frío, porque ella ríe completamente enajenada...

—Sí —digo—, yo quería salvarlo.

—Pero ¿llegó demasiado tarde?

—Sí, demasiado tarde.

Continúa sonriendo.

—¿Y usted lo descolgó?

—¡¿Que lo descolgué?!

La miro fijamente, ya no se ríe.

¿Que lo descolgué? Estoy absolutamente confundido...

Ella me observa.

—Cuéntemelo todo —dice cada vez más enérgica—, tengo derecho a saber la verdad, al fin y al cabo yo era su legítima esposa, ¡y no quiero que me deslumbren ahora con lo de una muerte heroica y cosas por el estilo! ¡Renuncio a cualquier tipo de «miramiento»! Exijo la verdad, ¡la pura verdad!

Se ha vuelto loca, se me pasa por la cabeza.

—De aquí, de estas líneas, de su última carta se desprende claramente que no cayó en el frente, sino que se ahorcó.

Me levanto de un brinco.

—¿Que se ahorcó?

—¡Aquí está bien escrito! ¡Él mismo lo escribe! ¡Y ahora quiero saberlo todo con detalle, todo, todo!

—¡Pero si él no se ahorcó!

—¡No mienta! —me dice a gritos—. ¡Ya basta de mentiras!

Ahora todo me resulta demasiado estúpido.

—¡No miento! —le increpo—. Pero ¿qué es lo que está usted pensando? ¡Cayó en toda regla!

—¿Que cayó? —me interrumpe chillando y con una sonrisa glacial—. ¿Caído, dice usted? Tenga, lea su carta, su última carta, ¡mentiroso!

Tira la carta a la mesa y la veo allí.

Pero no la toco.

Ella se acerca a la ventana y mira por ella.

Afuera pasa un tren, un tren de cercanías...

—¡Pero léala! —me ordena otra vez de repente—. ¡Léala y no sea tan cobarde!

—No soy cobarde —digo y me pongo furioso.

Rápidamente cojo la carta y empiezo a leer.

«Mi querida esposa —leo—, poco antes de mi largo viaje a la eternidad quiero darte las gracias una vez más por todo tu amor y tu fidelidad. Perdóname, pero ya no puedo seguir viviendo, merezco la soga»...

Me quedo paralizado.

¿La soga?

¿Pero qué está escribiendo el capitán?

Y continúo leyendo: «Ya no somos soldados, sino miserables ladrones, cobardes asesinos. Ya no luchamos noblemente contra un enemigo, sino con malicia e indignidad contra niños, mujeres y heridos»...

Echo una mirada a la mujer.

Sigue aún junto a la ventana, mirando por ella.

¿Contra mujeres?

Sí, es cierto.

«Perdóname —escribe el capitán—, pero ya no encajo en estos tiempos»...

Miro a la mujer del capitán y pienso: «¿Encajas tú en estos tiempos?». Y me pregunto: «¿Encajo yo en estos tiempos?».

«Es una vergüenza —continúo leyendo—, y lo que más me duele es la decadencia de mi patria. Porque es ahora cuando mi patria ha perdido su honor y sin duda para siempre. Que Dios me dé las fuerzas para que pueda ponerle un fin, porque no quiero seguir viviendo como un delincuente, mi patria me da asco»...

¿Asco?

La mujer sigue mirando por la ventana.

¿Qué es lo que hay ahí fuera tan interesante?

Probablemente nada.

La miro y pienso en el capitán.

¿Adónde ha de llevar todo esto?

¿Quién puede entenderte?

¿Por qué te da asco tu patria?

Sí, es verdad: tú ya no querías estar con nosotros, con tus soldados.

Te habías convertido en un extraño para nosotros, ya lo sentíamos entonces..., ¿te acuerdas?

Por ejemplo, cuando en su momento te enteraste de que habíamos acabado con algunos prisioneros, ¡qué cosas no hiciste entonces! Y, al fin y al cabo, aquello no fue más que un procedimiento acelerado..., tal vez brutal, ¡lo reconozco! No se gana una guerra con guantes de seda, ¡eso tú tenías que saberlo! Pero tú nos decías a gritos que un soldado no era un delincuente y que esos procedimientos acelerados eran indignos del frente.

¿Indignos del frente?

¿Qué significa eso?

Solo vagamente recordamos que es una expresión de la guerra mundial..., nosotros ya no la aprendimos.

Y con tus propias manos le arrancaste del cuello su estrella, su estrella de plata, al camarada al que se le había ocurrido la idea...

Di, capitán, ¿qué sentido tiene algo así?

Al día siguiente recuperó su estrella y tú, tú te llevaste una severa amonestación..., todos sabemos lo que ponía en el escrito. El alférez nos lo contó.

Ponía que los tiempos habían cambiado y que ya no vivíamos en los días de los caballeros medievales.

Capitán, capitán, ¡no tiene sentido!

Créeme, yo solo quiero tu bien...

¿O acaso no salté a buscarte?

¿Es que yo no quería arrancarte de la muerte?

Ahora ya sé por qué saliste corriendo hacia la ametralladora, ahora sé que no te habría hecho ningún favor...

Pero mi brazo tenía que creer en ello.

Todavía no está bien y tal vez nunca llegue a estarlo.

¿Cómo puedes llamarme delincuente a mí, que solo quería ayudarte?

¿Cómo puedo darte asco?

Porque yo también soy parte de la patria.

Y tu esposa, que está ahí en la ventana, también.

Y aunque siempre os hubierais estado peleando, seguro que ella habría preferido que hubieras regresado a casa...

Aunque todavía es una mujer relativamente joven y se consolará.

Pero, aun con todo..., aunque el individuo por sí solo ya no importe, no deberías haberlo hecho, mira, está completamente fuera de sí.

Ahora le diré también que no ha habido ninguna sogá, la tranquilizaré diciendo que fue solo una ametralladora enemiga...

Y se lo digo.

Ella me escucha con atención y luego pregunta:

—¿Es eso también la verdad?

—Sí.

Me mira entristecida con sus ojos claros y sonrío un poco, como si estuviera cansada. Luego volvemos a guardar silencio.

Me sorprende lo tranquila que se ha quedado.

De repente me pregunta:

—¿Quiere usted prometerme una cosa?

—Naturalmente.

—Que el contenido de esta carta se quede entre nosotros, por favor...

—Claro.

Estrecha la carta contra ella y se pasa la mano por el cabello.

—Me resultaría muy muy bochornoso que alguien se enterase de la realidad de los hechos..., vengo de una antigua familia de funcionarios y oficiales y si esta terrible carta llegara a conocerse, habría tal escándalo que clamaría al cielo.

—A sus órdenes.

—Serían capaces de todo y no le dejarían en paz ni en la tumba. Lo desenterrarían y lo meterían en algún lugar en el que no hubiera un solo hombre honrado a lo largo y a lo ancho...

—Es posible.

Me mira con los ojos muy abiertos.

Así que procedes de una familia de funcionarios y oficiales..., no puedo por menos de pensarlo.

—Ahora es usted mi confidente —interrumpe mis pensamientos y vuelve a sonreír un poco—. Depende de usted que quede entre nosotros, solo de usted, porque el buen Dios guardará silencio...

Me hace una seña con la cabeza y sale de la habitación.

Va a la cocina y prepara la comida.

Pues, como he dicho, iba a cenar con ella porque mi tren no regresaba hasta las 9:12.

Ahora estoy solo.

Los cigarrillos siguen aún en la mesita, me enciendo uno. En la estantería hay recuerdos de la guerra mundial. Son libros militares, eran de él. Y novelas estúpidas, esas son de ella.

En la cocina se oyen los platos.

¿Qué es lo que habrá de cena?

Probablemente algo frío.

A lo mejor unos buenos fiambres, mantequilla, queso y pan... Afuera empieza a llover y los árboles se mueven, pero dentro todo sigue estando cálido y tranquilo.

Sí, ya es otoño.

Cada vez está más oscuro y la luz de la lámpara da sobre la gran mesa del centro.

Aquí han comido los dos, el capitán y su mujer.

Y, de repente, se me pasa por la mente: mira, aquí tienes la vida cómoda...

Una vida que tanto despreciabas.

¿Con razón?

Y mientras me pregunto esto, me acuerdo de mi padre.

Ahora anda cojeando por su local y empieza a darme pena...

Él también quería tener una habitación así.

Una lámpara tan delicada como esa, una librería, la butaca, la mesa grande y la pequeña.

Y una mujer que enrede en la cocina con los platos.

¿Que si mi madre sabía cocinar bien? No lo sé.

Pero tengo que volver a verla, hace ya muchos años que no he estado en su tumba.

Y, de repente, me siento muy raro, porque tengo la sensación de que yo también podría olvidar la patria por una mujer..., como si uno ya no quisiera comerse la patria si una mujer cocina para él.

Sí, el amor entra por el estómago.

No puedo por menos de esbozar una sonrisa burlona y voy de un lado a otro.

En el rincón hay un gran espejo, me veo caminando en él y, de repente, se me viene a la cabeza: en realidad, ¿cómo andaba tu capitán?

Intento andar así...

No me sale.

Sí, he dado dos pasos bien. ¡Así andaba! Algo pesado, algo rechoncho...

Por supuesto, aquí está, de un lado a otro, esperando la cena.

¿Habrá tenido él que esperar tanto?

Tengo hambre de verdad..., ¿qué está haciendo tanto tiempo ahí fuera?

Estoy a punto de encenderme el cuarto cigarrillo cuando por fin llega con una bandeja.

Hay filetes con ensalada. ¡Bravo!

Pone la mesa sin decir una sola palabra.

Cuchillo, tenedor, cuchara..., todo en orden.

Todos en fila, ordenados uno tras otro.

Poco a poco me convierto en el capitán.

Me siento en su sitio.

Tal vez sea bonito saber que uno tiene en casa a una mujer que abre y cierra los armarios.

Que mantiene todo en orden.

¡Sí, sería todo muy bonito si uno pudiera permitírselo!

La felicidad es una mera cuestión de dinero y nada más.

Pero ¡alto!

El capitán sí que podía permitirse esta felicidad hogareña y, a pesar de ello, vivía en el cuartel.

Ella solo lo veía los domingos y los días de fiesta.

Así que es todo un engaño, todo ese amor divino y humano, y nada más que eso: yo no aguanto a nadie.

Ni a mí mismo.

En realidad odio a todos.

Hasta el capitán se me está ya perdiendo... desde su carta.

Desde que le da asco.

—¿Toma usted tinto o blanco? —pregunta.

—Tomo de todo.

Echa tinto, primero a ella, luego a mí.

Alzo la copa:

—¡A la salud del ama de casa!

—Gracias —dice en voz baja y solo le da un sorbo.

Está muy pálida y no hablamos.

A lo lejos suena un carillón...

Escucho con atención.

—Es el puesto de la estación —dice—. Cuando oscurece, pueden oírse las señales.

—¿Qué tiene que ver con la oscuridad? —pregunto aliviado de que por fin hable, porque estar así comiendo en silencio ya me estaba poniendo de los nervios.

—No lo sé, es así sin más —dice ella.

Y sin mirarme continúa explicando:

—Porque en este mundo hay cosas inexplicables, extraños misterios, conexiones inexploradas..., ¿no le parece a usted también?

No espera mi respuesta, sino que continúa hablando, mientras que revuelve la ensalada examinándola:

—Una vez tuve un sueño terrible. Soñé que estaba tumbada en este sofá leyendo una novela, entonces entraba mi marido a toda velocidad y me gritaba: «¡Ven! ¡Ya es la hora!». Y entonces discutíamos, porque yo no estaba lista..., oh, me insultaba mucho, porque, en realidad, podía llegar a ser también muy impaciente, aunque era un hombre muy bueno. Así que me visto rápidamente y, de repente, veo que la frente le sangra por una herida muy profunda. Grito horrorizada, pero tan solo sonrío, se pone el dedo en los labios y susurra. «Silencio, los niños ya están durmiendo»... y, en

realidad, no tenemos niños. Mirándolo fijamente dije: «Alfons, ¿qué es lo que te pasa en la cabeza?». Y el dice: «¡No digas tonterías! No es mi cabeza, es mi corazón»... entonces me desperté.

—Qué raro —digo.

—Y lo más raro es que eso lo soñé justo el día en que halló la muerte.

—Muy raro. Y entonces ¿desapareció de repente?... En el sueño, quiero decir.

—Sí, es decir, se fue por esa puerta, pero atravesando directamente la madera, como si no tuviera carne ni sangre.

—¿Y adónde da esa puerta?

Me mira fijamente un momento, luego dice:

—A mi dormitorio.

Se pone colorada.

¿Por qué?

Se acaba su copa, casi con precipitación.

De repente empieza otra vez a decir:

—¿A qué se dedica usted? ¿Es estudiante?

¡¿Yo?! ¿Estudiante?

¿Eso parezco?

¿Acaso he de decirle que sin uniforme no soy nada?

Que incluso tendría antecedentes si el de la brigada criminal no hubiera resbalado en el hielo...

Y digo:

—Sí, soy estudiante y entre medias me alisté... voluntario.

—¡Ay! —dice y se pone muy seria.

Es probable que se acordara otra vez al oír la palabrita *voluntario*...

Pero yo no puedo por menos de reír, porque me halaga que me tenga por un académico.

Así que no todo gira alrededor del dinero, sino también de la influencia personal. ¡Tiene quien tiene!

Y, de repente, puedo hablar con ella con tal libertad como si las palabras y las frases me salieran por sí solas.

Porque al principio estaba cohibido, pero ahora, mientras hablo, no dejo de pensar una y otra vez en lo mismo: mira, también con una dama de la

sociedad se puede comer sin problema alguno, suponiendo que te tenga por un académico.

Le cuento todo tipo de cosas y en una ocasión incluso se ríe a carcajadas..., pero de golpe se para y mira temerosa a su alrededor, como si hoy no debiera reír.

Y le hablo de mi brazo, que aún sigue sin estar bien, pero le oculto por qué lo hirieron..., porque yo quería salvar a nuestro capitán.

¿Y por qué no le cuento nada de eso?

¿Por qué no le digo que el brazo me duele hasta cuando bebo, porque fui tan temerario como para querer llevarme de allí a su marido?

¿Por qué no alardeo de que en realidad soy un héroe?

Ni yo mismo lo sabría.

Tan solo había una suave voz interior que me decía: no menciones más su nombre, su nombre no...

Ya no tiene que estar aquí.

Su sombra no debe caer ya sobre nuestra mesa.

¡Largo de aquí!

Se hace cada vez más tarde.

—Ahora tengo que irme —digo.

—Todavía queda vino —dice ella.

Y yo llevo tanto tiempo sin beber vino que se me sube a la cabeza y le hablo de una chica que me perseguía y que a mí no me gustaba, porque era demasiado joven para mí..., entonces me percato de que me está observando. Me paro, pues sonrío con aire burlón.

Ahora suena otra vez, el puesto de la estación.

Ella escucha con atención y se sobresalta un poco.

—¿Qué sucede?

—Ese era su último tren.

—¿El último? Pues ¡buenas noches!

Pero ella me tranquiliza.

—Puede pasar aquí la noche sin problema, aquí en el sofá, suponiendo que ello no perjudique a su brazo...

—Pero eso no puede ser...

—¿Por qué no puede ser? A mí no me molesta, al contrario: no me gusta mucho estar sola en la casa, en el bajo todos se han ido de viaje y mi criada no aparecerá hasta mañana temprano, así que no hay nadie en la casa y con frecuencia vienen unos mendigos tan siniestros...

¡¿Mendigos?!

Siento una punzada al oír la palabra, porque tengo que pensar en los cinco táleros que aún llevo en el bolsillo.

Y en aquel a quien no se los di.

Me miro en el espejo.

Solo ahora me doy cuenta de que puedo verme desde mi sitio.

No me gusto.

Y ella dice:

—Esos mendigos son cada día más descarados.

OceanofPDF.com

EL PERRO

Se había retirado a su dormitorio y yo me quité la ropa. Dejé la chaqueta en una silla, pero luego me la volví a poner, porque la noche estaba siendo muy fría.

Porque ha llegado una tormenta y las cortinas se mueven. Sobre todo la de la izquierda y me da en el brazo enfermo.

Me acurruco bajo la manta que me ha dado, pero solo me duermo a ratos. Luego me despierto otra vez..., su carta no me deja en paz.

La noche se hace cada vez más larga y la tormenta se posa en el tejado.

Por ahí anda ahora, de un lado a otro...

¡Esa carta, esa carta!

Duerme, pobre idiota, y no le des más vueltas...

¿Es que no ves las altas montañas alrededor de la mesa?

En el espejo arde una ciudad.

Simplemente marchar..., hacia la elevada meseta.

¡Adelante, soldados de la dictadura!

A nuestro alrededor se abren las bocas de los abismos y por abajo corren las aguas.

Hemos colgado a cinco civiles.

Uno tras otro.

Dos cornejas pasan volando...

Pero ¿qué le pasa al capitán?

Parece que le alegra que no haya disparos.

A menudo todos negamos con la cabeza.

Has perdido ya mucha de tu popularidad...

Algunos incluso refunfuñan.

Cierto que todas las mañanas pasas aún revista a nuestras filas, pero ya solo ves nuestra equipación y no a través de ella, en nuestro interior.

Ahora a veces nos sentimos completamente solos, aunque estemos en formación. Como si estuviéramos desamparados en una noche amenazadora y no hubiera allí nadie para protegernos...

Vuelven las cornejas.

Y con nostalgia recordamos los hermosos días del cuartel. Qué bonito era cuando nos pasaba revista, cuando asentía con gesto aprobatorio con su estilo seguro, porque todo estaba perfecto, por fuera y por dentro.

Ay, capitán, ¿adónde nos va a llevar todo esto? ¿Adónde?

Eso estaba yo preguntando cuando tu viuda apareció de repente en la puerta del dormitorio.

Estaba blanca como la nieve y temblaba.

Doy un respingo...

Lleva poca ropa, se sienta en una silla, pone la cara en la mesa y llora.

—¿Qué le sucede? —pregunto.

—No puedo quedarme ahí —dice entre gemidos—, es probable que solo sean los nervios, pero no puedo estar sola, no dejo de oír unos ruidos como si algo estuviera dando vueltas a mi cama...

—¿El qué?

Me mira asombrada con sus ojos llenos de lágrimas y luego dice despacio:

—Un perro.

¿Un perro?

—¡No! —empieza a gritar de repente—. ¡No voy a volver ahí! ¡Nunca más, nunca más!

Llora cada vez más fuerte.

Me incorporo, porque solo me había quitado las botas, y le ofrezco mi sofá, pero ella quiere dormir en la butaca. Yo no lo permito y, al decirlo, le rozo el hombro. Entonces agita los brazos con mucha rabia y me da en el mío. Me enfurezco y le doy un empujón...

—Pero ¿qué se ha creído? —dice a voces.

—¡Silencio! —le ordeno—. ¡Tengo el brazo roto! ¡Ahí tiene el sofá y ni una palabra más!

—¿Ni una palabra más? —pregunta alargando la frase y sin quitarme los ojos de encima.

Como si fuera mi peor enemigo, así se queda ante mí. Callada y enfadada.

No puedo por menos de pensar en el busto del armiño..., pero no bajo la vista.

El silencio es cada vez mayor.

Acaba de pasar un ángel por el cuarto, es lo que dicen los niños.

Yo solo veo su boca.

No la cierra...

Tiene los labios húmedos.

—Túmbate —digo en voz baja.

Ella pierde los estribos.

—Pero ¿cómo se le ocurre tutearme?! ¿Usted?!

¿La he tuteado? No lo sé...

Voy a disculparme en ese momento, cuando me pasa lentamente la mano por el pelo. Sus labios se mueven...

—¿Qué decía usted?

—Nada.

Pero yo he oído que miente.

Porque lo que dice es: «¿Qué vas a hacer de mí?».

EL HIJO PRÓDIGO[18]

En realidad yo no quería volver a verla, a la viuda de mi capitán, y ella a mí tampoco quería volver a verme. Aquel día, cuando empezó a amanecer y yo me despedí rápidamente para alcanzar el primer tren de cercanías, tan solo dijo:

—Olvidémoslo, amigo mío...

Me tomó por un estudiante.

Y eso sigue haciéndome bien aun hoy.

Sí, solo fue lo que se dice una aventura, como ocurre millones y millones de veces día y noche, aunque cada vez bajo diferentes presupuestos. Pero puede que todos esos condicionantes sean tan solo de índole meramente externa.

Con franqueza, yo incluso me alegré de que los dos lo olvidáramos, pues al fin y al cabo no estábamos hechos el uno para el otro. Naturalmente no sé si era su piel o si era demasiado impulsiva para mí..., en resumen, que, a pesar de todo, no llegamos a una relación más estrecha y lo único que me quedó fue mi vieja sospecha de que las damas de la sociedad en el fondo también son mujeres. Me sentí reafirmado y no quise volver a saber nada de ella, pues, después de eso, hasta el busto del armiño me parecía una ilusión óptica sin más.

Pero precisamente en nuestra vida se dan conexiones insondables que no entienden de bromas..., eso, a pesar de todo, lo tengo cada vez más claro.

Iba a tener que volver a verla, a la viuda de mi capitán, aunque con motivo de algo bien distinto.

Unas tres semanas después de nuestra noche yo volvía a estar en aquella estación de las afueras...

—¿Una cerveza fresca? —dijo en alto la chica de la barra.

No, gracias, ¡bébete tú tu mierda!

De que fuera otra vez allí solo tiene la culpa mi padre..., claro que sí, ¡mi señor padre! La idea fue una de sus estupideces, me metió la mosca en la oreja, ¡él y nadie más que él!

Porque mi brazo no mejoraba y no mejoraba, y mi destino parecía sellado, puesto que tenía demasiados nervios desgarrados.

Al día siguiente de aquella noche, el médico me examinó y dijo:

—Pero ¿esto qué es? ¡Si el hueso está peor!

Yo me asusté mucho.

—¿Es que ha levantado usted, ha llevado o ha cargado usted algo pesado?

—No —respondí y no pude evitar sonreír involuntariamente, aunque la cosa era más para echarse a llorar.

—¡Pues no se confíe demasiado! —dijo el médico y se dirigió hacia mi compañero.

Tenía que haberla despertado cuando se durmió encima de mi brazo. Pero quería dejarla descansar tranquila y ahora las cosas no pintan bien para mí.

La ingratitud es la recompensa de este mundo.

Tendría que haber dejado entrar al perro que estaba en su dormitorio. Así se habría levantado de un salto... ¿Y cuánto pesará una mujer así?

Pesaba igual que una ternera.

Seguro que setenta kilos.

Pero no quiero hacerle ningún reproche porque mi brazo no vaya a recuperarse nunca (desde anteayer está ya corroborado médicamente con toda seguridad), pero ella ha aportado su granito de arena, su granito al montón que ha machacado mi brazo definitivamente.

Sí, fue un duro golpe cuando se concretó que tenía que abandonar el Ejército de forma irrevocable.

Pero los golpes duros endurecen.

Y sin pestañear dije: «¡Adiós, estrellas de plata!».

Claro que aún puedo llevar el uniforme, pero no por mucho tiempo. Solo como medida transitoria...

Aún no sé qué será de mí.

Solo sé que no se cosecha nada bueno cuando se es bueno. Hay que ser malo, calculador y cada vez más frío...

¡Desconsiderado hasta el máximo!

Porque nadie se preocupa de ti cuando lo dejas descansar en paz. Y si lo despiertas, te pisotea el futuro.

¡Ay, si no hubiera intentado nunca salvar a aquel capitán!

A aquel caballero pasado de moda con sus extravagantes opiniones...

Exacto, ¡no iba con su tiempo!

¡De haber sabido eso antes, hoy aún tendría mi brazo! Porque a quien no va con su tiempo no hay que aislarlo. ¡Bien alto ha de colgar en su patíbulo voluntario hasta que las corneas se lo lleven!

¿Me oyes, capitán?

¡¿Me oyes ahí abajo?!

Tú yace ahí en tu tumba de héroe..., pero yo tengo que vivir de una miserable pensión de inválido, ¿no? Con letras de bronce figura tu nombre en el libro de honor de nuestro pueblo, pero yo puedo ver lo que ocurrirá..., ¡¿cómo dices?!

¡Mira, no pasará mucho tiempo hasta que te odie definitivamente!

Porque tú eras un débil que ni siquiera pudo ofrecer a su patria el sacrificio de abatir de un tiro a unas mujeres enemigas... ¡Claro que sí, un débil!

¡Un tipo al que le da asco su pueblo!

¡¿Y ahora quién se preocupa de mí?!

Te di mi futuro, pero tú me dejas atrás, solo, y en tu ataúd no te preocupas una mierda de si estoy hartado o no.

¡Al menos aparécete en forma de espíritu e ilumínate con lo que debo hacer ahora! ¡Pero no piensas en rondar por ahí como un espíritu, sigues pudriéndote tranquilamente como si no hubieras hecho nada malo!

Si no se lo hubiera prometido a tu viuda, pregonaría tu carta por todo el mundo..., todos deben saber que marchaste hacia la muerte como un cobarde, ¡un desertor, un canalla, un granuja!

Deberían sacarte de tu tumba de héroe y enterrarte en el último rincón, donde los criminales se dan las buenas noches...

Voy a contar lo de tu carta a todo aquel que se cruce en mi camino, todos deben saber qué tipo de persona fuiste..., ¡garantizado!

Pero ¡alto...! ¡Alto!

La decente de tu viuda naturalmente lo negaría todo en el acto, cometería cualquier perjurio, es probable que haga ya tiempo que ha quemado la carta, es una buena pieza... y entonces yo quedaría como un pobre tonto, y tal vez incluso me condenaran por pública calumnia.

¡Cuidado! ¡Cuidado, querido amigo!

No te precipites, ¡piénsalo todo hasta el mínimo detalle!

Ahora estás otra vez al principio y no en la formación.

Hoy no hay nadie a tu lado, ni a derecha ni a izquierda.

Estás solo, tú solo...

Pero esta vez hazlo con más tino. ¡Con más tino!

Coge un lápiz y calcula lo que te queda.

No te queda más que un único hombre.

Tu padre. Tu querido padre.

Él te puso en el mundo sin preguntarte si tú querías..., así que él tiene que ayudarte, y aunque tuviera que sudar sangre.

Claro que no lo quieres, pero eso da igual.

¡Utilízalo!

¡Sé amable con él! Cierra el pico cuando, a su manera estúpida, eche pestes de la industria armamentística...

¿Quién sabe? A lo mejor no le falta razón en ello.

Porque aun cuando un industrial del armamento sacrifique su brazo, no pierde sus encargos.

A pesar de ello, sigue suministrando.

Cañones, munición y todo el material de primera...

Para él una renta de inválido no es un problema.

Así que no contradigas a tu padre, al fin y al cabo él te engendró.

En el año 1917.

Debió de ser en Carnaval, porque vi la luz de este mundo en otoño. Honra a tu padre[\[19\]](#) para que puedas expresarlo.

¡Ve a verlo, arrodíllate y pídele su bendición! Tiene que darte dinero.

¡Ve, ya conoces el local en el que se gana el pan!

¡Ve!.....

Así que fui a ver a mi padre a las afueras de la ciudad. La tarde otoñal caía suavemente sobre las amplias plazas y por las estrechas calles se acercaba suavemente una triste noche. Sin una luz en el cielo, como si todas se hubieran caído, las hermosas estrellas de plata.

Ahora tengo que torcer otra vez a la derecha, luego a la izquierda y cruzar al otro lado..., allí, al lado de la lechería y del estudio de fotografía, allí encontraré a mi querido padre.

Estoy ante la pequeña taberna y leo el letrero: «La Ciudad de París».

La Ciudad de París solo tiene dos ventanas. Las cortinas están echadas y miro al interior por una rendija.

Dentro el aire es opaco y gris. Solo veo a unos pocos clientes, pero fuman como si hubiera el doble. Y allí..., ¡allí viene él en persona!

Mi padre.

Trae dos vasos de cerveza y los pone en una mesa. En ella hay tres conductores jugando a los dados.

Mi padre apenas ha cambiado.

No ha envejecido más, e incluso me parece como si cojeara menos. ¿Es posible que un disparo mejore?

¿O es solo la fuerza de la costumbre lo que hace que uno con el tiempo parezca más elástico? ¿O acaso es que solo cojeaba más en mis recuerdos?

Uno de los conductores paga, mi padre cobra y se inclina sumiso. Sí, sí, sigue siendo el mismo de siempre. Un esclavo de las propinas...

Seguro que tiene unos buenos ingresos.

Porque las propinas se suman.

Hasta las más insignificantes.

A lo mejor ya tiene un palacio.

Tengo que esbozar una sonrisa irónica...

Otra vez llevas una buena vida de soltero, ¿no? ¿Con mujeres y jugando a las cartas como antes de la guerra?

¡Eso ya pasó! ¡Ya pasó!

Eso fue una vez..., hace por lo menos trescientos años.

En realidad, ¿cuántos años tienes?

Miro a mi alrededor y entro en La Ciudad de París.

Me siento justo al lado de la puerta.

Mi padre no me reconoce, piensa que soy un cliente habitual y se me acerca, aunque a tres pasos de mí se estremece y me mira fijamente, desconcertado.

Sonrío por compromiso.

Finalmente recupera el habla.

—¿Tú? —pregunta alargando la sílaba...

—Sí, soy yo.

Sigue sin moverse y tan solo me mira y me mira, casi escudriñándome. Me levanto y le doy la mano.

—¡Buenas noches, padre!

Coge mi mano despacio, como si fuera frágil, y poco a poco va recuperándose de la sorpresa.

Luego dice:

—Qué bien que aún pienses en mí. ¿Qué te traigo? ¿Qué quieres beber?

—Lo que me des.

Sonríe halagado.

—Entonces te traeré algo muy especial, un trago excelente..., pero luego tienes que contármelo todo, de principio a fin...

Me hace un gesto con la cabeza y oigo que dice en la barra:

—¡Para mi hijo!

—¡Oh! —oigo una voz de mujer y entonces una cabeza de cerdo vieja y gorda se inclina sobre el mostrador y clava la vista en mí llena de curiosidad.

¡Ajá! ¡Su señora y patrona!

La saludo respetuosamente con la cabeza y ella tuerce satisfecha su cara grasienta. Ahora viene mi padre con un vaso de vino.

—No puedo sentarme —dice—, estoy trabajando.

—¡A tu salud! —digo.

—¡No, a tu salud!

Vacíó el vaso de un trago.

—¡Ja, ja, ja! —se ríe mi padre—. ¡Cómo bebe!

—¡Hace bien! —exclama la cabeza de cerdo—. ¡Franz! Llévele otro vino, ¡los soldados valientes siempre tienen sed!

Franz es mi padre. Me trae otro trago excelente, se inclina hacia mí y susurra:

—Has conquistado el corazón de ese viejo dragón en el asalto, porque, por lo general, es la tacañería en persona, pero yo siempre lo digo: ¡uno no es en vano mi hijo!

Eché orgulloso una mirada a su alrededor y, de repente, sus ojos se quedaron pegados a mi cuello.

—Pero ¿cómo? ¿Tenemos ya tres estrellas? Te felicito..., te felicito...

—Gracias —le interrumpo—, no las tendré por mucho tiempo.

—¿Que no las tendrás por mucho tiempo?

Está desconcertado.

Y le cuento lo de mi futuro militar, cuando aún tenía uno, porque en un momento fui el mejor tirador de la compañía y no dejaba de dar una y otra vez en el blanco. Pero entonces me apunté voluntario para la acción de limpieza contra esos infrahombres convertidos en bestias...

Me interrumpe bruscamente:

—¿También estuviste allí?

—¡Sí, por supuesto!

—¡Ajá!

¿Qué quiere decir con ese «ajá»? No acabo de entenderlo y menciono con precaución el pequeño país que nos queríamos quedar...

—Ya es nuestro —vuelve a interrumpirme mi padre.

Lo miro con desconfianza. ¿Ha dicho ese «nuestro» en tono irónico? Porque hay que creerle capaz de todo, de burlarse de todo y de deshacerlo todo...

Y mientras lo observo sin que se dé cuenta, continúo hablándole. De los valientes aviadores, a los que personalmente no puedo ni ver, pero que cumplieron con su arriesgado deber de forma descomunamente precisa, de las ciudades y los pueblos extranjeros que destruimos, de la gentuza hostil e infame que, con bastante frecuencia, nos hacía frente con el arma en las

manos, del feo idioma de aquellos criminales, de sus asquerosas chozas y de sus perros sarnosos.

Está en pie, a mi lado, atento, y, de repente, me molesta que no pueda sentarse, y resumo cada vez más.

Le informo de la gravedad de mi herida por tratar de salvar a nuestro capitán, pero no le cuento lo de la carta, porque no sería más que echar agua a su molino... y, como es natural, no digo ni una palabra de la noche con su viuda, porque en lo tocante a eso soy un caballero y no doy jamás un nombre, sino que hablo solo en general.

—Hum —dice una vez que he terminado—, naturalmente un brazo con un balazo no es nada. ¡Pobre muchacho, sí que tienes mala suerte! Pero por ahora no te preocupes demasiado..., cuando mañana o pasado mañana tengas que abandonar el hospital, has de saber que siempre puedes vivir con tu padre.

¡Estupendo!, pienso. Y digo:

—Sería muy amable por tu parte...

—No es nada amable —vuelve a interrumpirme—, ¡solo es natural! No es que vayas a estar muy cómodo, porque ahora tengo otro cuarto.

—¿Otro?

—Sí, es algo más pequeño, en realidad bastante más pequeño que el de antes..., la situación económica general no es que sea precisamente de color de rosa, aunque hayamos conquistado el país.

¿Hayamos? ¿Has conquistado tú el país?

Pero ¿qué idioteces está diciendo?

—Pero estas dificultades tan molestas, estos avances y estos recesos, seguramente no son más que de naturaleza pasajera. Los frutos de nuestra victoria están aún por cosechar, ¡confía en ello!

¡Por todos los cielos! ¿Lo dice en serio o no?

Me siento cada vez más estúpido.

—Me asombra que hables así —digo.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Antes siempre decías que toda victoria era, en el fondo, una derrota y que un único poder sería el que sacaría provecho, tanto si fuera victoria

como derrota, solo un único poder, que no es otro que la industria armamentística...

—¡Tonterías! —me interrumpe con rudeza—. Para nosotros eso ya no es un problema, ¡gracias a Dios ya lo hemos superado! Desde el 1 de enero nuestra industria armamentística está bajo control estatal, en realidad, hasta cierto punto está ya incluso nacionalizada por eso, naturalmente, las cosas ahora son diametralmente distintas! Hoy en día todo el mundo se beneficia de cualquier victoria, todos nosotros, yo, tú, todo el pueblo..., pero ¿por qué me miras con esa cara de listo?

Yo lo miro con cara de bobo, porque, de repente, no puedo por menos de pensar en por qué tú y por qué yo. Yo he dado mi brazo a cambio y tú tienes un cuarto aún más pequeño...

No, ¡no quiero seguir pensando!

Pensar hace daño....

Pero no me sirve de nada, suelta otra pregunta y se sienta a mi mesa. La pregunta no me quita los ojos de encima mientras mi padre sigue hablando como un río desbordado.

—Consuélate, todo se andará, todo el mundo tiene preocupaciones, ya sea rico o pobre... —murmura el río al pasar a mi lado y la pregunta sonrío invisible. Se echa hacia atrás, como un profesor burlón en la escuela—: ¡Bueno, hijo mío, responde! ¿Qué significa en realidad «todo el mundo»?

Por un momento lo veo todo negro en mi corazón, y escucho a mi padre a lo lejos:

—Claro que no has aprendido nada, ni un oficio civil decente, eso no es bueno porque hoy en día serías ya demasiado mayor para ser aprendiz y como obrero no cualificado tampoco tienes salida, para eso te falta la fuerza del brazo..., pero a muchos cientos de miles les pasa exactamente lo mismo, ¡tú no eres el único, tenlo en cuenta! Por desgracia eres lo que se dice un hijo de la guerra, ninguno de ellos ha aprendido nada como es debido, siempre se lo perdían todo, llegaban o demasiado pronto o demasiado tarde..., pero ¡alto...! ¡alto! Se me acaba de ocurrir algo y podría suponer una salida del laberinto, escucha, ¡tu padre no es tan tonto! Estoy pensando que deberías tener una mínima protección...

—¿Protección?

—Sí, a lo mejor te ayuda el buen Dios y conoces a alguien que pueda protegerte... ¿No conoces a nadie personalmente?

—No.

—¿A ningún oficial ni a nadie por el estilo?

—No, es decir, conozco a alguien, pero no es un oficial, sino una mujer, la viuda de mi capitán...

—¿La conoces?

—Sí, en una ocasión le presté un servicio.

—¡Estupendo! Ella te ayudará, ¡ella tiene que ayudarte! Escucha, hijo mío: en la vida todo se consigue únicamente gracias a las mujeres.....

Así fue como volví a casa de la viuda de mi capitán. Se asustó mucho al abrirme la puerta, pero se tranquilizó al instante al oír por qué iba. Y me prometió protegerme, porque conocía al hermano de un consejero ministerial, que a lo mejor él podía procurarme un puesto oficial de auxiliar... y mientras me prometía esto, la observé sin que lo notara y me sorprendió mucho que en aquella ocasión hubiera podido gustarme.

Porque vivía en mi recuerdo con veinte años menos.

¿O acaso solo me lo parecía?

EL ANIMAL RACIONAL

Ahora vivo con mi padre. Se marcha en torno al mediodía y no regresa a casa hasta después de medianoche. Su cuarto es realmente pobre.

Un armario, una mesa, una cama, dos sillas y un sofá desvencijado..., eso es todo. El sofá, por cierto, es además demasiado corto para mí.

A cambio tengo música la mitad del día.

Porque al lado vive una dependienta sin empleo que tiene un gramófono ronco. Solo tiene tres discos, toda música de baile. O sea, siempre lo mismo, pero no me molesta, siempre le agrada a uno escuchar algo divertido.

Leo un libro sobre el Tíbet, el misterioso reino del dalái lama en el punto más elevado del mundo. Se lo ha dado a mi padre un cliente habitual; de pronto el cliente habitual no pudo pagar la cuenta porque había perdido su puesto por un desfalco de nada. El libro bien vale un pequeño menú. Pero sin compota.

La dependienta no es guapa.

Así que le resultará difícil encontrar un empleo.

Si no quiere morir de hambre, tendrá que venderse.

No le darán mucho...

En realidad está demasiado flaca. Al menos para mi gusto. Porque a mí me gusta lo sano.

Los periódicos dicen que ya no tenemos parados, pero es todo mentira. Porque en los periódicos solo se tiene en cuenta a los parados con subsidio..., pero, como este deja de percibirse al cabo de un breve periodo de tiempo, no es posible que figure uno en los periódicos como parado.[\[20\]](#) Ni siquiera puede figurar si se suicida para no morir de hambre, porque está

estrictamente prohibido informar de eso. Solo cuando uno roba algo, eso sí que puede figurar, y además en la columna que lleva el epígrafe «De la vida judicial».

No hay justicia, eso ya lo he averiguado.

En esto tampoco nuestros líderes pueden cambiar nada, ni aun cuando operen de modo genial en el terreno de la política exterior. Porque el ser humano no es más que un animal y los líderes tampoco son más que animales, aunque con dotes especiales.

¿Por qué no tengo yo esas dotes?

¿Por qué yo no soy un líder?

¿Quién determina a un individuo? ¿Quién le dice a uno: tú serás un líder, a otro: tú serás un infrahombre, al tercero: tú serás una dependienta flaca y sin empleo, al cuarto: tú serás un camarero, al quinto: tú serás una cabeza de cerdo, al sexto: tú serás la viuda de un capitán, al séptimo: dame tu brazo?...

¿Quién es el que tiene que dar las órdenes?!

No puede ser un buen Dios porque el reparto es demasiado malo.

Si yo fuera el buen Dios, haría a todos los hombres iguales.

Uno igual a otro..., ¡los mismos derechos, las mismas obligaciones! Pero de este modo el mundo es una pocilga.

La gorda de mi enfermera en el hospital decía siempre que Dios tenía reservado algo para cada uno...

Hoy lamento no haberle respondido: ¿y para mí? ¿Qué es lo que tiene reservado para mí tu buen Dios?

¿Qué es lo que he hecho yo para que siempre me esté arrebatando el futuro?

¿Qué es lo que quiere de mí?

¿Qué es lo que he hecho?

¡Nada, absolutamente nada!

Siempre le he dejado en paz.....

El gramófono suena, en el libro sobre el Tíbet leo algo del lago salado Shargüo Tsho, pero mis pensamientos están muy lejos.

Porque ya no me da miedo pensar desde que no me queda otra cosa. Y me alegro de mis pensamientos, incluso cuando descubren desiertos.

Porque pensando ya no estoy solo, porque llego más a mí mismo.
Aunque lo que encuentro la mayoría de las veces es solo basura.

Puedo seguir llevando el uniforme, tampoco tendría otro traje y el año en el cuartel fue mi época dorada.

A lo mejor debería haberle dado mis cinco táleros a aquel mendigo, a lo mejor ahora mi brazo estaría bien... ¡No, es una idea demasiado estúpida!

¡Fuera!

Mi padre dijo que hemos vencido... Por supuesto: nosotros. Como si él hubiera estado allí también y eso que antaño maldecía la guerra, su guerra mundial, porque había estado allí. Pero mi guerra, esa le hace delirar de entusiasmo...

Sí, es y seguirá siendo un farsante.

Yo no se lo tomo a mal cuando pienso en este cuarto.

El que es pobre puede permitirse alguna mentira..., es su derecho.

A lo mejor su único derecho.

Me acerco a la ventana y miro por ella.

Abajo dos niños pasan por la calle.

Con pasos pequeños y torpes..., antes tú también andabas así.

Pasa un ciclista.

Luego vienen una anciana y un hombre con una mochila.

Un señor con un cigarro y un camión...

Todo eso es parte de tu pueblo.

Mírala, tu patria..., es todo lo que tienes.

Tiene que ser todo lo que tienes.

La has defendido... Ahora eres un inválido.

Me sorprende a mí mismo.

«¿Defendido?».

Y, en realidad, ¿quién la amenazaba?

¿Aquel pequeño país?

¡Ridículo!

El ciclista ha visto el camión, ha empezado a tambalearse y, por precaución, se ha apeado, porque la calle es estrecha.

También mi patria empieza a tambalearse.

Los camiones son cada vez más grandes...

La industria armamentística está nacionalizada, dice mi padre.

Así que gana el Estado.

Y el Estado es el pueblo.

Entonces, ¿por qué yo no gano nada?

¿Es que no pertenezco a mi pueblo?

Si yo solo he perdido...

Espera un poco, ¡pronto no habrá nada de qué reírse!

¡Qué fría se vuelve la luz cuando uno piensa!...

Mi corazón empieza a tener frío.

En el periódico pone que va a nevar.

Este año el invierno llega rápido.

Ya hemos puesto la calefacción, mi padre y yo.

Para él nunca hace suficiente calor y yo duermo mal si la ventana no está abierta. Así que a menudo discutimos.

Hace ya semanas que vivo con él y tengo la nítida sensación de que él respiraría si yo desapareciera definitivamente. Claro que no dice nada parecido, solo de vez en cuando me dispara dardos envenenados. En especial cuando me afeito con sus cuchillas.

Pero ¿qué otra cosa puedo hacer? ¡Yo no tengo cuchillas!

¿Tengo que dejarme crecer la barba?

¡No, nunca! ¡Jamás!

Quiero vivir bien afeitado, completamente afeitado.

¡Prefiero no fumar!

Ya no miro por la ventana, sino que me tumbo en el sofá, pero dejo en la mesa el libro sobre el Tíbet.

La exploración de la mancha blanca en el mapa..., ¡no, hoy me interesan otras regiones!

De cuán buen grado renunciaría a todas las expediciones solo con que el correo me trajera por fin una mínima carta...

No tendrían que ser más que unas líneas.

«Por la presente se le comunica que el próximo jueves, entre las diez y las once debe usted personarse presentando sus documentos civiles y

militares con motivo de su incorporación al servicio auxiliar»... firma ilegible.

Y la firma ilegible examinaría mis documentos y luego diría: «Tiene usted suerte, porque goza usted de la máxima protección. Así que con esto está usted empleado como auxiliar oficial con derecho a pensión... ¡Enhorabuena!».

El servicio sería francamente fácil.

Tres veces al día tengo que ir a Correos, recoger y despachar cartas. Eso es todo en realidad.

Ahora ya no vivo con mi padre, sino que vivo en un cuarto propio, justo en el edificio oficial. Es grande y claro y da a un elegante parque, en el que la hiedra trepa por los viejos árboles.

El uniforme está colgado en el armario, me he comprado un traje azul a plazos, porque eso ahora puedo permitírmelo, ya no es como antes...

El gramófono sigue sonando.

¿Cuándo vas a venderte, querida vecina?

De mí no sacarás nada.

Qué pena que ya no esté aquí la gorda de mi enfermera, ¡a esa sí que le contaría yo algunas cosas!

«¿Por qué cuidas enfermos? —le preguntaría—. Hay gente sana más que suficiente, mejor reza por ellos, para que no tengan que venderse, ¡y deja a los enfermos en paz!».

¿Qué respondería? Yo ya lo sé.

Diría: «Ama a tus enemigos, pero odia el error»...

¿Qué es el error?

¡No me gusta esa palabra!

Porque uno no está versado en ello y porque luego vuelve a plantarse ante mí una y otra vez... mi capitán.

«¿Qué sucede?», me pregunta.

«A sus órdenes, nada».

Me doy la vuelta...

¡No..., no! ¡Sigue pensando, no seas cobarde!

Hace tanto frío que ya no puedes sentir... ni una punzada, ni un golpe.

¡Vamos..., vamos! ¿Qué es lo que te inquieta?

¿Qué es lo que no te deja en paz?

Vuelvo a oír cómo se acerca...

Me pregunto si tenía razón cuando le daba asco su patria. ¿Sí o no?

Cierto, era un canalla..., pero ¿tenía razón?

¿Puede tener razón un canalla?

Por ejemplo, cuando vimos en su momento cómo nuestros aviadores llenaban de bombas el hospital de campaña enemigo y eliminaban con metralleta a los moradores que andaban brincando por allí, nuestro capitán, de repente, se volvió y fue caminando despacio de un lado a otro por detrás de nuestra fila.

No dejaba de mirar al suelo, como sumido en profundos pensamientos.

Tan solo de vez en cuando se detenía y miraba hacia el bosque silencioso. Luego asentía con la cabeza, como si dijera: «Sí, sí...».

O, por ejemplo, entonces, cuando nos incautamos de todo en aquella población, él se interpuso en nuestro camino. Se puso muy pálido y nos decía a gritos que un soldado de verdad no hace saqueos. Nuestro teniente, aquel joven cachorro, tuvo que explicarle que el saqueo no solo estaba permitido, sino incluso recomendado. Desde muy arriba.

Entonces volvió a apartarse de nosotros, el capitán.

Recorrió toda la calle sin mirar ni a derecha ni a izquierda. Al final de la calle se detuvo.

Yo lo observé atentamente.

Se sentó en una piedra y con su sable escribió en la arena. Curiosamente no pude por menos de pensar de repente en el castillo encantado y en la señorita de la caja, que dibujaba aquellas líneas...

Ella no quería verme.

Sí, exacto, el castillo encantado... ¡Todavía existe!

Qué raro que llevara tanto tiempo sin pensar en él...

Naturalmente, las ventanas tienen rejas y los dragones y los demonios miran hacia fuera.

Casi lo había olvidado.

Y eso que yo siempre quería volver allí...

¿Cómo ha sido?

Cierto, me compré dos porciones de helado.

La luna brillaba, el aire era cálido y los gatos daban su serenata.

Pero no me gusta el helado y tal vez no sea más que una belleza sentada, eso es lo único que conozco de ella, lo que sobresalía por encima de la caja.

A lo mejor tiene las piernas torcidas...

¡No..., no! ¡Eso no es posible!

¡Acuérdate!

Ella dibujaba sus líneas y por un momento todo te parecía tan lejano, todo el mundo, y pensabas que se te iba a parar el corazón. No se movía ni una hoja, solo sonaba suavemente la vieja música que salía del castillo encantado.

¿No querías escribirle?

Ah, sí, sí...

«Apreciada señorita —quería escribir—, ayer fue jueves y hoy ya es viernes. No sé cuándo volveré, pero usted siempre será mi línea»...

No puedo por menos de reírme.

Mañana iré.

EN EL REINO DE LILIPUTIENSES[21]

Por la noche ha nevado y ahora todo está blanco. Voy a mi castillo encantado.

La ciudad se ha vuelto más tranquila con la nieve, no oye uno ni sus propios pasos.

Y mientras voy hacia allá vuelvo a percatarme de mi reflejo. En los elegantes escaparates.

Ahora atravieso un jamón.

Ahora libros y después perlas, borlas para polvos...

Antes quería hacer pedazos todo esto, pisotearlo..., ¡qué tonto!

Hoy me gustaría devorar el jamón, leer los libros, y las perlas y las borlas regalárselas a alguien...

Pero ¿a quién?

Tal vez a la señorita de la taquilla... tal vez se dé la ocasión.

¡Ya veremos!

En realidad estás muy solo...

¡Veremos, veremos!

Bajo hacia el puerto. La amplia avenida se hace cada vez más ancha y ruidosa.

Sí, aquí siempre hay movimiento, en verano y en invierno.

Los marineros negros y amarillos me evitan, pues aún llevo el uniforme.

Con mis tres estrellas de plata...

¡Si esos tipos tan exóticos supieran que ya no soy nada!

A derecha e izquierda empiezan las atracciones..., los monos grandes y pequeños, se congelan en coro. Barracas de tiro y máquinas tragaperras, la

oveja de cinco patas y la ternera de las dos cabezas..., no hay nada cerrado a pesar del aire glacial que había venido del mar.

Todo sigue ahí.

En la montaña rusa la gente chilla y del hipódromo salen dos mujeres, una más alta y otra más baja. Han estado cabalgando y aún se están colocando las faldas. Sí, las dos podrían gustarme, pero ya tienen a un caballero.

Un pequeño hombrecillo, una rata miserable.

Nada ha cambiado.

Todo está igual, solo que entretanto ha nevado.

También esa rata es mi compatriota y también por esa mierda de mi brazo...

No puedo por menos de reírme porque hoy sé que, si tuviera algo que decir, le clavaría mi brazo en el cráneo. Hasta que estirase la pata.

Recorro las casetas a toda velocidad, pues mi castillo encantado está justo al final.

A la derecha está el hombre de la cabeza de león y a la izquierda la mujer barbuda.

Y allí..., ¡exacto, ahí sigue aún, mi heladero! Allí me compré una vez las dos porciones, aunque no me gusta el helado.

Pero ahora es invierno y ya no vende helado, sino almendras tostadas.

Tampoco me compraría almendras tostadas, aunque me gustan mucho..., no, ¡hoy iré directo hacia ella!

¡Presta atención! ¡Ahora voy!

Pero... ¡¿qué es esto?!

Me quedo sin respiración...

Me detengo.

Como si, de repente, hubiera una pared ante mí...

¡¿Qué sucede?!

¡¿Qué significa esto?!

Mi castillo encantado... ¡Ya no está ahí!

Ha desaparecido... ¡Desaparecido, desaparecido del todo!

Pero ¡¿adónde ha ido?!

Aquí hay ahora algo completamente diferente, un autódromo o algo parecido...

¿Y mi línea?... ¿Mi hermosa línea?

En la taquilla hay otra señorita.

Sigo mirando hacia allí.

Y por un momento me duele tanto el corazón como si hubiera perdido algo que jamás he poseído. La nieve cae cada vez más silenciosa, y una especie de nostalgia me atraviesa el alma...

Sí, una vez hubo una primavera, pero tuve que marcharme.

La patria llamaba y, con razón, no tenía consideración alguna con la vida privada de sus hijos.

¿Con razón?

Sopla el viento, frío y húmedo, los gatos ya no dan su serenata y yo siento mi brazo destrozado, nunca volverá a estar bien...

¿Dónde estará mi señorita?

Sigo andando y me tropiezo.

¿Con qué?

Con nada. No hay nada.

Pero ahora la otra señorita se ríe porque me he tropezado. Lo ha visto. Sigue sonriendo y me mira.

¡Solo mírame, tú no me gustas!

Quiero marcharme, pero no voy muy lejos. Únicamente cruzo la calle. Allí está mi heladero y me compro almendras tostadas.

Son muy buenas.

Echo un vistazo al autódromo, donde la gente da vueltas en unos coches pequeños, siempre en círculo, siempre uno solo, y pregunto al heladero:

—Aquí estaba antes el castillo encantado, ¿no?

—Sí —dice—, eso fue hace tiempo.

—¿Y por qué ya no está?

—Ya no resultaba rentable.

Ah, vaya...

—Ya estaba pasado de moda —oigo decir al heladero—, ya no encajaba con nuestros tiempos.

Escucho con atención.

¿Cómo ha dicho? ¿No encajaba con los tiempos?

¿Dónde he oído yo ya eso?...

¡Exacto! ¡El capitán! ¡Lo escribió en su carta!

Allí lo leí por primera vez, bien escrito: yo ya no encajo con estos tiempos...

Pero ¿qué significa eso?

¿Por qué mi castillo encantado ya no encaja con nuestros tiempos?
¿Acaso ese autódromo encaja mejor?

Ese estúpido autódromo, en el que cada uno va solo dando vueltas en su coche igual que los demás, imaginándose que con su propio coche puede ir adonde quiera...

Mientras tanto no dejan de dar vueltas en círculo.

¡Es demasiado ridículo!

¡En comparación mis dragones y demonios eran bien diferentes!

Y hasta el esqueleto en persona..., me acuerdo perfectamente.

Y la oscuridad general, en la que había que aprender lo que era el miedo cuando se ponía el pie una y otra vez en la nada... Dios sabe que aquello me gustaba más, aunque naturalmente no era más que una tontería. Pero era una tontería más bonita.

¿O es que acaso yo tampoco encajo con los tiempos?

¡Tonterías!

Estoy aquí y no puedo salir por ningún sitio, ¡en lo tocante a esto no van a convencerme con nada! Claro que encajo en mis tiempos, ¡en esos deplorables coches es en lo único en lo que no encajo!

No me gusta estar siempre dando vueltas en círculo, ¡no soy idiota!

Ya he cavilado demasiado... ¡Se acabó!

Tiro las almendras al suelo y se oye un chasquido, y cruzo al otro lado. En línea recta. Hacia el autódromo.

—¿Una entrada? —pregunta la señorita de la caja.

—No —digo—, solo quería una información.

—¿Y bien?

—Antes había aquí otra cosa...

—Sí, por supuesto —me interrumpe—, el castillo encantado, señor mío.

—Eso es. Y entonces había aquí una señorita en la taquilla, otra señorita, ¿cómo se la describiría?...

—Ya sé —vuelve a interrumpirme—, pero esa señorita ya no está con nosotros.

—¿Sino?...

—Por desgracia no puedo darle ninguna información al respecto, yo tampoco tengo ni idea. Pero vaya usted a la oficina, ¿ve usted ahí enfrente la pared blanca y la puerta negra?... Ellos probablemente sepan dónde está ahora la señorita.

Doy las gracias y me dirijo hacia la pared blanca.

En la puerta pone: «¡Pase sin llamar!».

Así que no llamo, sino que entro directamente, pero una voz chillona me grita:

—¡¿Es que no sabe usted llamar?!

Iba a contestar ya una grosería, entonces veo a quién tengo ante mí.

Es un enano, un liliputiense.

Tiene un rostro perverso, amargado. No me extraña, seguro que está siempre enfadado por haberse quedado tan pequeño.

Parece que justo estaba caminando de un lado a otro, el liliputiense, y se ha detenido al entrar yo. Solo ahora me percato de un segundo hombre..., está ante un atril escribiendo en unos libros gruesos, una especie de contable o algo así. Me contempla por encima de sus gafas.

El enano me hace una seña con un gesto altivo, me vuelve la espalda con ostentación y hojea unos papeles haciéndose el importante.

—¿Qué desea usted? —pregunta el contable.

Pregunto por la señorita, pero no llego muy lejos... De golpe el enano se gira y dice:

—Ah...

Lo dice alargando la sílaba y me mira fijamente. Luego esboza una sonrisa irónica. Y también el contable sonríe con ironía.

¿Qué tienen esos dos?

¿Qué significa eso?

El enano continúa escrutándome y luego comenta irónico:

—Así que es usted ese que...

¿Quién? ¿Cómo?

—¿Tuvo usted que ir a la guerra? —continúa con su interrogatorio.

—Sí, es decir, fui de voluntario...

El enano me interrumpe con un movimiento de la mano, como diciendo «dejémoslo, ya lo sabemos, estamos entre nosotros...».

Vuelve a observarme de arriba abajo y luego dice al contable:

—Es él.

El contable se ríe entre dientes, como una vieja solterona.

Me resulta demasiado ridículo.

—¿Quién soy yo? —pregunto en un tono casi amenazador.

—Usted es un soldado, señor mío —responde el liliputiense con una cortesía burlona—, y la señorita por la que pregunta, pues se enamoró de un soldado, al parecer de repente, así a primera vista, apenas debía de conocerlo, probablemente solo de vista... Bueno, y luego un buen día aquel soldado ya no volvió a aparecer.

Lo miro fijamente.

—¿Le escribió?

—Continuamente, pero él no respondió. Ni una sola línea, señor mío...

El contable sigue sonriendo entre dientes. Con malicia, con mucha malicia.

—Es que en una guerra muchas cartas se pierden con frecuencia —dice el enano sonriendo brevemente.

Estoy hecho un lío.

¿Me escribió?

¿A primera vista?

¿Cómo sabía mi nombre, quién soy y cosas por el estilo?...

¿Puede que solo de vista?

¡Imposible! Imposible...

Y digo:

—Señores míos, parece que aquí hay una equivocación...

—¡Seguro que no! —me interrumpe el enano.

—Pero es que es imposible...

—¡Todo es posible!

—¡No, no puedo creerlo, no puede ser!

—¡Un momento, señor mío! —vuelve a interrumpirme el enano—. No somos una oficina de información y tenemos que trabajar. Por favor, convénczase usted mismo, el señor contable le dará la dirección de la dama...

Se inclina un poco y sale por una puerta falsa.

Lo sigo con la mirada y el contable hojea un fichero.

—¿Quién era ese señor tan pequeño? —pregunto automáticamente.

—El director de nuestra compañía de liliputienses.

Ajá.

Espero la dirección.

Y su nombre.

¿Cómo se llamará?

¿Eulalia?

No puedo por menos de sonreír con ironía.

No, de verdad que no puedo creer que sea yo a quien ha escrito..., habrá escrito a otro soldado, pero investigaré el asunto, aunque puede que solo sea una simple equivocación.

En primavera ya me quedó claro que debía de tener a alguien, al rey de alguna barraca.

Pensé en un funambulista, un tragasables, en un tonto cualquiera..., pero un soldado, eso no se me ocurrió.

Antes aún un liliputiense... en tanto que apesté a dinero.

Pero, lo dicho, ahora voy a investigar el asunto, porque, si no me equivoco, no será más que un sueño.

El contable sigue hojeando y yo echo un vistazo a su oficina.

En las paredes hay carteles, de circo y cosas así. Una domadora, por ejemplo. Con tigres reales de Bengala.

Un número de equilibrio y un mago.

Un oso pardo y otro blanco.

Y la mujer más gorda del mundo.

No, esa no valdría para mi brazo...

—Aquí está —oigo decir de repente al contable—, ahora por fin la tenemos, esa condenada dirección..., ¡un momento, se la escribiré!

—Muchas gracias...

—¡No hay de qué!

Se quita las gafas, se pone unas de cerca y, mientras escribe en un trozo de papel la dirección de mi señorita, dice como de pasada:

—Era una señorita formal, amable. Me dio mucha pena...

—¿Por qué?

Sonríe de manera curiosa.

—Porque se puso enferma y la despidieron.

—¡¿Enferma?!

—Sí, sí, más o menos... —vuelve a sonreír entre dientes y me resulta desagradable.

—¿Qué es lo que tenía?

—Dios mío —dice—, nada en particular...

Ya tiene lista mi nota, se pone en pie, se quita las gafas y se vuelve hacia mí...

Se interrumpe y me mira horrorizado con sus ojos acuosos.

¿O acaso es miope?

No, tiene miedo.

¿Por qué?

No lo pierdo de vista.

Me alcanza la nota despacio, casi dubitativo, como si temiera dármela...

—Tenga —dice y su voz, de repente, suena diferente, hueca, como si saliera de ultratumba.

Le cojo la nota y leo la primera palabra.

Anna...

ANNA, LA NOVIA DEL SOLDADO

Dios tiene reservado algo para cada uno, decía la gorda de mi enfermera, y poco a poco voy creyendo que tenía razón.

Porque yo no tengo la culpa de lo que ha pasado hace una hora, tenía que ser así.

Cuando ahora pienso cómo ha podido suceder, la nieve fulgura ante mis ojos como si siguiera con fiebre.

Hay un ángel en medio de la noche y sostiene mi brazo en su mano, ese pobre hueso mío que yo entregué a esta patria que perdió su honor y, por cierto, para siempre...

Sí, ¡el capitán tenía razón!

Ahora a mí también me da asco mi patria.....

El reloj de la torre de la iglesia dio la medianoche cuando yo caminaba lentamente por la plaza vacía, atravesándola hacia La Ciudad de París.

Al entrar, mi padre respiró visiblemente aliviado.

—¡Hombre de Dios! ¿Dónde has estado tanto tiempo? —se apresuró a preguntarme—. Estaba ya muy preocupado por si te había pasado algo, ¡cada día atropellan a más gente!

Lo tranquilicé..., que casualmente me había encontrado con un amigo y ese amigo me había invitado al cine y después a un vaso de cerveza.

Naturalmente era mentira, pero mi padre me creyó.

—Espero que hayas cenado —dijo—, porque la cocina está ya cerrada...

—No tengo apetito.

Me miró escudriñándome.

—¿No estarás enfermo? Ten cuidado con tu herida, aún no está bien del todo..., ¿no tendrás fiebre?

—No.

—¡No te confíes demasiado! Espera, voy a ver si aún puedo conseguir algo comestible, algo frío... ¡El hombre tiene que comer, si no, acaba para el arrastre!

Desapareció tras el mostrador, me quité el abrigo y me senté donde me sentaba siempre, justo al lado de la puerta.

No había más que unos pocos clientes, chóferes de la parada cercana. Jugaban a los dados, como siempre.

Aquí has comido durante muchas semanas, pienso, a mediodía y por la noche, aunque a precio reducido, pero a costa de tu padre.

Es un hombre bueno, falaz.

Sería verdaderamente indignante que yo le causara algún perjuicio.

Porque tal vez no pueda seguir mucho tiempo comiendo a su costa, tal vez esta noche sea la última vez...

Tal vez venga ya mañana temprano la policía a detenerme.

¡Tonterías! ¿Cómo iba a saberlo la policía?

¿Quién lo ha visto?

Nadie.

Pero los de la brigada criminal son muy listos, aún lo recuerdo bien. Tienen a su disposición todo tipo de aparatos y recursos, sacan a la luz lo más increíble, tarde o temprano... y tal vez lo haya visto alguien, alguien en quien uno ni siquiera piensa, también sería posible que alguien me hubiera estado observando detenidamente, un uniforme siempre llama la atención, sobre todo uno con tres estrellas, con tres estrellas de plata...

Mi padre me trae queso y pan. Y un vaso de vino del excelente.

Lo miro sorprendido.

—¿Vino?

—¡Es una excepción! —sonríe—. Porque me alegro de que no te hayan atropellado, pero también para que te consueles... ¡No te asustes! Porque esta tarde has recibido una carta, mi patrona ha sido tan amable de traérmela expresamente, pues pensaba con mucho acierto que debía de ser algo importante, ya que yo no conozco a nadie que pudiera escribirme, y en

efecto se trata de algo importante, pero, desgraciadamente también, de algo triste...

—¡Pero habla de una vez!

—Bueno, bueno, ¡no seas tan impaciente! ¡Ya estoy hablando! Pues bien, esa carta es de la viuda de tu capitán, escribe que..., ¡pero toma, léelo tú mismo! Lo del puesto de asistente se ha ido al traste, no hay nada que hacer...

Leo la carta y luego la dejo a un lado.

—Está bien —digo, y empiezo a comer el queso.

Mi padre me mira asombrado.

—¿Dices que está bien? Era la última posibilidad, una catástrofe...

—Hay catástrofes peores.

—¡No tantas, querido hijo, no tantas! ¿Y qué vamos a hacer ahora? Porque no puedes comer eternamente en esta mesa olvidada de Dios, yo personalmente no tendría nada en contra..., lo pago de buena gana, ¡pero un día eso también se acabará! No olvides que soy un anciano, el diablo puede venir a buscarme en cualquier momento, y tú, tú aún eres joven... ¡Tienes que hacer algo!

—¡Franz! —le llama uno de los chóferes—. ¡La cuenta!

Mi padre se va.

Me como el queso tranquilamente y pienso: «Sí, tienes que hacer algo»...

Lo del asistente..., eso se acabó. Casi me parece ridículo. Vivir en un cuarto propio, justo al lado del edificio oficial, con vistas a un elegante parque en el que la hiedra trepa por los viejos árboles... ¡Qué ridículo!

Me he comprado un traje azul a plazos y tengo que ir a Correos tres veces al día..., no, no, ¡yo no he nacido para ser asistente!

Me he convertido en otra cosa.

La cuestión principal es y sigue siendo que no salga a la luz.

Entonces todo estaría realmente en orden.

Pues yo también tenía razón en lo que hice, por supuesto, ¡tenía razón!

Aún recuerdo con detalle lo repulsivo que me resultó aquel contable cuando le pregunté: «¿Y qué hace ahora la señorita Anna?».

Se encogió de hombros: «¡Solo los dioses lo saben!».

Todos apelan a los dioses, pero en el buen Dios no piensa nadie.

Hace cuatro horas aún pensaba: «Imposible que seas tú a quien ella escribió sus cartas. ¿Cómo habría podido saber quién soy yo? En su momento tendría que haberme seguido a hurtadillas y haberse informado en el cuartel para averiguar mi nombre..., ¡no, eso es imposible!».

Hoy por la tarde, al dejar al contable, solo pensaba: «Ahora al menos sabes dónde vive».

Vive muy lejos.

Si vas a pie necesitas una buena hora y media, pero a cambio te ahorras el dinero del tranvía, ya está oscureciendo, pero aún falta para que se haga de noche.

Pasé rápidamente por delante de las casetas.

Hay millones de Annas en el mundo, cada una es diferente y ninguna es la que tú buscas. Rubia o morena o de pelo negro..., también habrá Annas pelirrojas. Gordas y delgadas, altas y bajas, viejas y jóvenes.

Pero ¿cuántas Annas has tenido tú ya?

Creo que solo dos, si no estoy equivocado...

Claro que de algunas no sé cómo se llamaban, porque las conocía solo de por la noche.

¿Y cómo les irá ahora a tus dos antiguas Annas?

¡Dejadme en paz!

Si aún viven, me da igual, ahora solo me preocupa una tercera Anna...

¿Por qué?

¿Qué es lo que te ha dado?

Tal vez porque en una ocasión hice por ella algo que en realidad no quería hacer...

En una ocasión me comí dos porciones de helado.

¡No te burles!

¡Ya no tiene uno que avergonzarse más por estar alegre!

¡El amor no es ninguna vergüenza!...

Recorrí las calles rápidamente.

La ciudad fue quedándose cada vez más en silencio.

Qué frío le puede resultar a uno el mundo...

Y, de repente, un pensamiento llegó volando a mi alma, no sé de dónde..., y me sentí tan lúcido y tan cálido que, involuntariamente, me detuve.

Jamás había visto algo tan hermoso.

Era una canción, pero no pude entender las palabras.

¿Quién está cantando en mitad de mi noche?

¿Es mi señorita?

Silencio, ahora quiere decirme algo...

«Escúchame —dice—, cuando en aquella ocasión te vi ante nuestro castillo encantado pensé que me reconocerías»...

¿Reconocerías?

«Acuérdate, acuérdate..., tú y yo, nosotros ya nos conocíamos»...

¿Ya nos conocíamos?

«De antes, de antes... y yo siempre esperé que volvieras a verme, pero tan solo te compraste una entrada y ya no reconociste a tu señorita»...

¿Quién eres?

«Eso luego, luego... Entonces, naturalmente, no dije una sola palabra, sino que me limité a dibujar mis líneas, pues cada cual tiene su orgullo»...

¿Su orgullo?

«Ni una palabra, ni una palabra... Apresúrate, llevo mucho tiempo esperándote»...

¿Esperándome?

Miro a mi alrededor.

El viento sopla, y la nieve baila.

«Vamos, ven..., ya no te queda mucho. ¿Ves esa casa amarilla delante de ti? Yo vivo allí, yo vivo allí».....

Sí, aquí vives. He llegado a mi destino.

En el papel pone que en el tercer piso.

¿Detrás de qué ventana?

No lo sé aún...

En la puerta de la casa me encuentro con la portera. Está fregando el suelo. La saludo y pregunto si la señorita vive ahí. Me mira fijamente y no dice una sola palabra.

De repente grita:

—¡Jesús, José y María! ¡¿Es usted?! Ahora lo reconozco, ¡pensaba que estaba usted muerto!

¿Qué? ¡¿Yo?!

¡¿Muerto?!

—Pensaba que había caído usted en la guerra —dijo levantándose del suelo—. La pobre señorita estuvo tanto tiempo esperando una carta suya...

La miro fijamente.

—¿Usted me conoce?

Me observa despacio, de arriba abajo. Luego sonrío maliciosa.

—No, no, yo no he dicho nada...

—Entonces, ¿quién soy?

—Eso seguro que usted lo sabe. En cualquier caso es muy bonito por su parte que haya venido...

Se para en mitad de la frase y enmudece.

Cada vez tengo más lío en la cabeza, indeciso miro la escalera... y, de repente, todo allí me resulta tan conocido como si ya hubiera soñado con ello en alguna ocasión. ¡Exacto, conoces todo esto! Los escalones suben por la derecha y a la izquierda, en la esquina vive esta portera y arriba hay un oscuro pasillo con tres puertas en cada piso...

Me resulta inquietante.

¿Dónde estoy?

—Pero la señorita ya no vive aquí —oigo la voz de la portera—, se mudó hace medio año.

—¿Adónde?

Vuelve a sonreír con malicia.

—Suba sin demora al tercer piso, la señora con la que vivía le dirá dónde puede ir a verla... La pobre señorita se llevará una alegría tremenda si vuelve usted a aparecer entre los vivos, sobre todo después de tantas desgracias que ha tenido que soportar...

—¿Desgracias?

—Bueno sí, no fue precisamente fácil...

Calla y sonrío burlona.

No dejo de insistir.

—¡Pero hable de una vez, yo no tengo ni idea!

Descaradamente fija su mirada en mí y empieza a reír.

—Claro, claro, los reyes de la creación son siempre completamente inocentes y no tienen ni idea, como si no supieran contar hasta tres, incluido mi querido esposo...

—Oiga —la interrumpo con grosería—, ¿qué idioteces está usted diciendo?!

Se encoge de hombros.

—Solo haga memoria, joven, y lo adivinará...

—¡No puedo adivinar nada!

—Y yo no digo una palabra más, ni pío..., ¡ya me cuidaré yo! ¡No quiero tener nada que ver con el asunto! Vaya a verla, en persona, ¡ella le refrescará la memoria! ¡Buenas noches!

Me deja plantado y se vuelve a su suelo.

Lo friega con saña.

Sigo mirándola aún un ratito, luego subo al tercer piso.

A ver a la señora, de cuya casa se mudó mi señorita.

Pero ¿adónde?

Esa portera es una fiera mordaz...

Gracias a Dios no hay solo de estas, también las conozco muy aceptables.

Después de todo hay dos clases de seres humanos.

Pero solo una señorita...

Es cierto, esta escalera de verdad que me resulta conocida.

Pero espera, pronto sabrás dónde estás...

Ahora estoy en el tercer piso.

Llamo a la segunda puerta, como dice en el papel.

Una dama abre temerosa y a primera vista observo que no puede ser muy mayor. Tiene el cabello cano, aunque negro como la pez y lleva un albornoz muy chillón... una prenda vieja.

Me examina con desconfianza, noto en su actitud que me cerraría la puerta si no llevara el uniforme.

Pero la gente confía en el uniforme.

—¿Qué desea? —pregunta.

Cecea mucho.

—Disculpe que la moleste a estas horas de la noche, pero quería que me diera una información —y le digo que estoy buscando a la señorita.

Me examina cada vez con más desconfianza.

—¿A quién está buscando el señor?

Me inclino.

—Disculpe, pero la portera me ha dicho que suba a verla, dice cosas tan confusas que ni yo mismo sé ya quién soy...

—¿Puedo preguntar —me interrumpe— qué relación tiene el caballero con la señorita?... quiero decir, ¿es usted pariente suyo?

Sonrío con amabilidad.

—La señora portera cree que soy el novio de la señorita...

—¡Pero..., pero...! —Me interrumpe indignada—. De verdad que esa mujer imposible no dice más que un montón de bobadas sin sentido, además confunde también a todo el mundo, me parece que la mujer no es muy normal... Usted, señor mío, no es el novio de nadie de aquí, el verdadero novio también era militar, claro, pero para esa estúpida mujer de ahí abajo un uniforme es un uniforme y, además, solo puede haber visto al auténtico novio en una sola ocasión, fugazmente, pues no estuvo aquí más que una sola vez..., ¡ay, sí, sí..., la felicidad dura poco!

«Bueno —pienso—, entonces no eres aquel al que escribió sus cartas..., era otro soldado».

—Hum —me limito a decir y, curiosamente, me da absolutamente igual si era otro o era yo... como si ya supiera que lo importante aún está por venir.

—¿Usted también estuvo en la guerra? —me pregunta la vieja con interés.

—Sí, es decir, de voluntario...

Ahora hace un gesto con la mano, igual que antes el liliputiense. Sí, eso ya lo sabemos, dejémoslo, estamos entre nosotros...

Luego me pide que entre en su casa, «no se puede conversar con un héroe en una fría escalera».

Me lleva a su habitación.

—Disculpe que le traiga a mi dormitorio, pero es la única habitación que caldeo, aunque hemos conquistado un montón de cosas...

Simula ironía y yo no digo nada en contra.

¡Sí, hemos vencido!

—Aunque apenas creo —dice parloteando conmigo— que vayamos a recoger los frutos de nuestras victorias. Me temo..., me temo que al menos mi modesta persona no vivirá aquellas bendiciones profetizadas, una ya es muy vieja...

—¡Pero..., señora!

—¡No, no, no! —me amenaza con el dedo índice—. ¡Es usted muy condescendiente!

—Solo digo la verdad —le miento.

—Eso es muy loable, pero la mayoría de las veces no deja de ser una tarea sin peligro... ¡Mire, todo esto era yo antaño!

Señala a sus cuatro paredes, que están repletas de fotografías.

Muy difusa reconozco a una joven con un jersey blanco.

¿Esa era antaño la que tengo frente a mí?

Coge una foto de la pared.

—Mi hermano y yo.

¿Una artista?

Trapezio y aros y focos...

—El bueno de mi hermano cayó en la guerra mundial. Sí, sí, nosotros dos, hacíamos un gran número... Solicitado, ¡muy solicitado! Entonces yo aún era una niña.

No, con un pecho así seguro que ya tenías dieciocho años. Y rápidamente calculo qué edad debe de tener esa niña hoy en día.

—¡Aquellos eran otros tiempos! —suspira—. ¿Pero los de hoy?... ¿Qué es lo que hacen esos artistas tan modernos? ¡Todo fanfarronadas! Un buen careto, ¡con eso basta!... Pero no paro de hablar de mí y de mis intereses particulares y nos alejamos por completo del motivo de su visita. ¿Quería usted informarse sobre la pobre señorita Anna? Bueno, disculpe usted mi indiscreción, pero, naturalmente, por diversos motivos me gustaría saber por qué, es decir, cómo, con qué derecho le interesa a usted eso? ¿Es usted pariente de la señorita?

¿Yo? ¿Qué puedo decir?

De algún modo tengo que ser algo suyo, de lo contrario no estaría allí..., pero ¿pariente?

No, que yo sepa...

Me gustaría esbozar una sonrisa burlona, pero la niña envejecida me observa con aspecto severo, casi como acechante. Y digo sin pestañear:

—Soy su hermano.

—¿Su hermano?!

—Sí.

—¡No es posible!

—¿Por qué no?

No responde de lo sorprendida que está. Guardamos silencio.

—O sea, que usted es el hermano —empieza por fin a decir de nuevo—, y no se ha preocupado usted de su hermana...

—No tenía tiempo.

—¡Excusas! ¡Nada más que excusas! Para un ser humano siempre hay que tener tiempo... ¡El ser humano es lo primero y solo después viene todo lo demás!

—Es posible...

—¡Seguro! ¿Dónde iríamos a parar si no?

Sí, ¿adónde?

Eso es lo que yo me pregunto y la niebla se vuelve cada vez más amarilla...

Espesa y sucia, así se va hundiendo en mi alma.

Nace un árbol, un árbol muerto.

Al borde de una elevada meseta.

A nuestro alrededor se abren las bocas de los abismos y por abajo corren las aguas...

Hemos cogido a cinco hombres, ahora los colgamos del árbol.

Primero al más viejo, luego al más joven.

Porque la edad tiene preferencia.

¡Limpiamos, limpiamos!

Y el capitán arranca una estrella. Una estrella de plata...

Capitán, capitán, ¿qué es lo que estás escribiendo en tu carta?

«Ya no somos soldados, sino miserables ladrones, cobardes asesinos. Ya no luchamos noblemente contra un enemigo, sino con malicia e indignidad contra niños, mujeres y heridos»...

¡Qué raro! ¡Aún recuerdo cada palabra!

Se me han quedado grabadas.

Y las cornejas vuelven a pasar y el capitán nos ha dejado...

No miró ni a derecha ni a izquierda.

Ahora está sentado en una piedra, dibujando con su sable en la arena. No quiere verme.

¿Qué es lo que está dibujando?

¿Líneas?

Y mientras me hago estas preguntas, la espesa niebla se diluye, la suciedad se vuelve blanca y, de repente, lo veo claro: cada vez que pensaba sin decírselo a nadie que en ese momento iba a suceder algo infame, justo entonces también se me venía ella a la mente, mi querida hermana, y no podía evitar pensar que en realidad yo quería ir a verte...

—Si el señor hermano hubiera venido antes —oigo que dice la voz de enfrente—, entonces tal vez todo habría sido diferente, toda esa desgracia.

—¿Desgracia?

—Siento mucho que el destino me haya escogido precisamente a mí para comunicárselo, pero es sabido que contra el destino no se puede luchar... En resumen, es un asunto feo, aunque con un par de palabras está todo dicho. Su pobre hermana tenía un puesto muy bueno...

—En el castillo encantado...

—En efecto, pero un buen día lo quitaron.

—¿Por el autódromo?

—¿Autódromo? ¡Claro que no! La despidieron en el acto porque esperaba algo, algo pequeño..., un niño.

—¿Un niño?!

—Sí, y en semejante estado de buena esperanza era natural que no siempre pudiera desempeñar su oficio con puntualidad, al minuto, de vez en cuando tal vez habría tenido que parar medio día y por eso la empresa la quitó. Claro que la empresa no lo habría notado de haber tenido que pagar en algún momento unas perras por una suplente, porque tiene usted que

saber que es una compañía muy grande, a esas gentes les pertenece casi la mitad de la avenida, cada una de las atracciones más grandes, pudieron ir comprándolo todo durante nuestras continuas épocas de crisis..., pero así son esas gentes que no tienen consideración alguna con los individuos, ponen y quitan, y si en esas uno se va al carajo, ¿qué les importa a ellos? Aún quedan suficientes, piensan ellos, suficientes que sí lo aguantarían... y además el padre del niño era un soldado, un valiente defensor de la patria, ¡uno de esos famosos «voluntarios»!

»Su pobre hermana le escribía sin cesar y nunca recibió una respuesta..., ¿por qué habría de recibirla? Un día todas sus cartas llegaron devueltas, sin abrir, acompañadas de un escrito oficial: «Destinatario fallecido en un simulacro militar». Naturalmente sintió una enorme desesperación, no tenía nada, ni dinero ni empleo..., sí, y entonces, por desgracia, se dejó convencer para hacer una tontería, una imprudente tontería. Dejó que alguien un tanto oscuro se llevara al niño, el asunto salió a la luz y ahora, ahora está entre rejas.

—¿Entre rejas?

—Imagínese: ¡le han caído dos años!

—¡¿Dos años?!

—Es horrible...

Guardamos silencio.

Se me viene a la cabeza el liliputiense.

Es el director de la compañía de liliputienses...

Seguro que él también tiene participación financiera en la empresa, de lo contrario no se habría comportado de un modo tan altivo. Tiene un rostro amargado, malvado..., no es ninguna sorpresa, está siempre enfadado por haberse quedado tan pequeño. Y su rabia la descarga sobre los demás.

Quitándolos.

Sin consideración.

Habría que darle en la crisma...

¿A un enano?

¿Vas a pegar a un tullido?

¿Por qué no?

—Lo dicho, a lo mejor todo habría sido diferente si el señor hermano hubiera venido antes —sigue cotorreando la vieja—. Yo siempre lo digo, en el mundo todo estaría mucho mejor si los hombres se preocuparan más de las mujeres en lugar de preocuparse tan solo de sí mismos. El buen Dios creó a Adán y Eva y no los regimientos, las compañías ni las divisiones...

—¿Y dónde está encerrada? —pregunto.

—Al otro extremo del mundo; de lo contrario ya hace tiempo que habría ido a visitarla, porque cada tres meses tiene un día de visita..., de todos modos, le escribiré usted en seguida una linda carta, ¿no?

—Sí, también le escribiré...

Me pongo en pie y ella me acompaña fuera de la habitación.

—Y los diarios hablando en cada número del descenso de la natalidad[22] y de que hay que proteger la vida en germen de los compatriotas que aún no han nacido, de la amenazante muerte del pueblo y cosas por el estilo, pero a una pobre muchacha la ponen en la calle cuando amenaza con ser madre... ¡Nuestros dirigentes tendrían que intervenir en esto!

No puedo por menos de esbozar una sonrisa burlona.

—¿Es que no intervienen?

—Mi querido señor, ¿dónde vive usted? ¿En la luna?

—No, ya no...

—Aquí abajo, en la tierra, una madre sin empleo puede recibir, en el mejor de los casos, una pequeña pensión, de la que ni la madre ni el niño podrán vivir si es que no tienen a una persona en cuya casa puedan comer y vivir... ¿Es la primera vez que oye esto? Porque me está mirando usted tan perplejo...

—No —digo viendo ante mí a mi padre. Cojea. Y mi pensión. Esa cojea aún más.

Estamos ya en la escalera.

—Nuestros líderes —digo despacio— son precisamente unos grandes impostores...

—¡Chist! —me interrumpe asustada, mirando a su alrededor con recelo—. Por el amor de Dios, ¡no tan alto! Y encima de uniforme..., ¡tenga cuidado!

—Sí.

—Tampoco tendría mucho sentido...

—Es posible.

—Que le vaya bien... ¡Y mejor preocúpese de su hermana!

—¡Buenas noches, señora!

Bajo las escaleras... de una en una.

Tranquilo, muy tranquilo.

No se me nota nada.

Pero en mi interior hay una rabia terrible, un odio atroz...

¡Ahora sí que me gustaría limpiar!

¡Limpiar hasta hacerlo todo trizas!

Ahora me gustaría ser un aviador, un bombardero pesado, y pasar dando vueltas por encima de nuestros líderes...

Cuando todos están reunidos y se dividen el país, el pequeño país que yo también conquisté para vosotros.

Aquel producto no apto para la vida, regido por un Gobierno lamentable, que tan solo representa el denominado punto de vista del derecho...

Un punto de vista ridículo, ¿no?

¡Ya me gustaría creeros!

Decid, vosotros, líderes que estáis tan debajo de mí, ¿quién se lleva aquel país que conquistamos?

¿Quién se lleva el mineral, la grasa, el pan?

¡¿Quién?!

Yo solo veo una cárcel.

Siempre habláis de una misión histórica...

¡Vosotros no tenéis que tener ninguna misión histórica!

¡No nos toméis por idiotas si lo que queréis es robar!...

Rápidamente atravieso la oscura noche bajando de nuevo al puerto.

Al reino del liliputiense.

Porque voy a pedir explicaciones a su empresa, a ver por qué ha despedido a una señorita.

No es que me afecte directamente, ¡pero no puede uno aceptarlo todo!

¿Quién se lo permite todo?

Un granuja.

Y yo no soy un granuja, mi corazón es un mar negro.

Bajo un cielo revuelto.

Las nubes pasan furiosas...

¡Ten cuidado, ten cuidado!

Aún llevas el uniforme y te costará la cabeza.

No dejes que se te note nada...

¡Cúbrelos, tu mar y tu cielo!

¡Disimula hasta que te hayas calmado!

¡Disimula!...

Paso por el autódromo, los últimos clientes se deslizan por el círculo.

¡Que se diviertan!

Y allí está la pared blanca con la puerta negra.

Ya está cerrada.

—¿Cuándo vuelve a haber alguien aquí? —pregunto al mozo de un balancín.

—Mañana a las ocho.

Bien, entonces volveré mañana...

Despacio camino de vuelta por la avenida, porque hoy no tengo nada más que perder.

La mayoría de las casetas ya están cerradas. El tragasables y el comefuegos ya no tragan ni comen. La mujer barbuda, el hombre de la cabeza de león y la mujer más gorda del mundo están ya en sus camitas soñando con sus ilusiones.

Tan solo un pequeño mono se congela en mitad de la noche.

Le gustaría apostar con otro a ver quién tiritita más, pero no hay otro mono con el que poder tiritar.

Los caballos del hipódromo están ya en el establo, e incluso las barracas de tiro están cerrando ya.

Ahora los días son cada vez más cortos.

A la izquierda una luz cae sobre la nieve. Procedente de una cervecería.

Naturalmente esta siempre está abierta... Allí me voy a pedir ahora un vaso.

Estaría bien poder permitirse otra vez una borrachera como es debido para poder volver a sentir un futuro...

Estoy poniendo ya la mano en el picaporte y me detengo en el último momento.

Porque dentro, en esa cervecería, veo a un viejo conocido.

El hombre que me dio el papel... con la dirección de mi hermana.

Es él, el contable.

Está devorando un arenque.

Con qué delicadeza se lo zampa... ¿O solo me lo parece porque es miope?

Naturalmente él sabía por qué ella perdió su puesto, lo sabía perfectamente...

Además también dijo: «La señorita se puso enferma». Y yo pregunté: «¿Qué tenía?». Y él dijo: «Nada en particular»...

¿Nada en particular? Bueno, ¡tú espera!

Sigue zampando.

Veo que lleva manguitos para no pasar frío.

Y, de repente, no puedo por menos de pensar que vas a pasar frío. Y que no vas a comer más arenques...

Echa un vistazo a la puerta de cristal y se estremece un poco. El bocado se le cae del tenedor. ¿Me ha reconocido?

En seguida ha vuelto a apartar la mirada...

Sí, claro, sabe quién soy... a pesar de su miopía.

Ahora deja el arenque...

¿Se te ha quitado el apetito?

Se levanta de su mesa, pero se queda aún en la cervecería aunque no pide nada más. Viene y no viene, solo de vez en cuando mira furtivamente hacia la puerta de cristal para ver si aún estoy presente.

Sí, sigo afuera y no voy a entrar.

Espero hasta que el señor tenga a bien aparecer...

Porque quiero preguntarte a solas por qué habéis despedido a la señorita.

A solas, porque cabe la posibilidad de que te suelte un sopapo.

¡Espera, que te voy a hacer salir!...

Dejo la puerta y doy unos pasos a la derecha..., ahora pensará que me he marchado.

Me pego a la pared.

La puerta se abre, pero solo aparece un borracho.

Va cantando para sus adentros y dando tumbos hacia la patria. Por fin viene mi hombre.

Receloso se queda parado en la puerta y mira a su alrededor... Sí, sabes perfectamente que fue una guarrada...

No puede verme.

Estoy a la sombra de un balancín.

De repente empieza a andar... hacia la izquierda.

Lo sigo.

Gira por una calle lateral..., esa aún no la conozco.

Vienen dos pequeños puentes, aquí todo son canales.

Estamos detrás de los edificios, un montón de almacenes...

Ahora pasa junto a una valla.

¡Tú sigue, ya te cogeré!

Sopla un viento frío.

—¡Señor contable! —le llamo—. ¡Un momento!

Mira a su alrededor, me divisa y se asusta...

Empieza a andar aún más rápido.

Ahora voy ya pegado a él.

—Anda usted rápido —digo—, pero yo también puedo andar rápido...

En dos pasos me planto ante él y le cierro el camino.

Ahora tiene que pararse.

—¿Qué es lo que quiere de mí? —pregunta mirando a su alrededor en busca de algún ser humano. Pero no viene nadie, solo quedamos nosotros dos.

—Me gustaría preguntarle algo que concierne a la empresa...

—Venga mañana a la oficina —me interrumpe y trata desesperadamente de parecer seguro.

—¿Mañana? —sonríó burlón—. ¡Quién sabe si mañana estaré vivo!

—Esperemos que así sea —dice sonriendo temeroso.

—Escuche —digo muy serio—, se trata de la señorita del castillo encantado. Esta tarde me ha dicho usted que en su día se puso enferma...

—Desgraciadamente, desgraciadamente...

—¿Sabía usted lo que tenía?

Me mira fijamente durante un momento, luego se pasa la mano por los ojos y levanta la vista al cielo... ¿Buscas ayuda allí arriba? ¡Tú busca, ahora eres mío!

De repente hace un esfuerzo y pregunta apocado:

—Disculpe... ¿Es usted realmente el papá?

—No.

—¿No? —pregunta alargando la vocal mientras me observa.

Se vuelve atrevido.

—Entonces, ¿qué le importa a usted esa señorita?

—¡Me importa y punto!

—¡Déjeme seguir!

—¡Aún no! ¿Así que a usted le parece bien que despidieran a aquella señorita?

—No sé qué es lo que quiere de mí...

—¡Una respuesta es lo que quiero!

—¡Está bien!... ¡Está bien! Como la señorita Anna ya no podía desempeñar su puesto como era debido, tuvimos que quitarla, como es natural. No olvide usted que somos una gran empresa y, por tanto, tenemos también una gran responsabilidad...

—¿Hacia quién?

—Tenemos que velar por unas doscientas cuarenta personas, empleados, artistas y similares..., en semejante circunstancia nadie puede exigirnos que nos preocupemos de cada uno en particular...

—¿Por qué no?

—Porque el individuo por sí solo no importa.

Lo miro fijamente.

¿No importa?

Eso también lo dije yo en otro tiempo...

¡Qué estúpido, qué estúpido!

—Tenemos que ser rentables —sigue diciendo—, incluso la guerra por la competencia comercial no deja de ser una guerra, señor mío, y es sabido que una guerra no se gana con guantes de seda, en realidad eso ya debe usted saberlo...

¿Con guantes de seda? Esas eran mis palabras...

Cuando el capitán nos dijo a gritos que un soldado no era un criminal.

El contable me mira con sorna durante un momento y se ríe para sus adentros. ¿O acaso solo me lo parece?

Luego continúa hablando de sus cosas y yo me escucho, me escucho a mí mismo...

Todos los dichos y frases huecas, descaradas y presuntuosas, repetidas sin pensar, repetidas como un loro...

Me pongo malo de pensar en mí mismo.

Me asquea la sombra de mi pasado... Sí, ¡el capitán tenía razón!

Yo odiaba la vida cómoda y me apasionaba la incómoda...

¡Qué mentiroso que era!

Por supuesto, un mentiroso cobarde... Porque qué cómodo resulta encubrir los hechos atroces con la patria, ¡como si ella fuera el blanco manto de la inocencia!

Como si un hecho atroz no fuera un delito, ya sea al servicio de la patria o de cualquier otra empresa...

Un delito siempre será un delito y ante un juez justo cualquier empresa se desintegra en la nada.

Del bien y del mal solo tiene que responder el individuo y no una patria entre el cielo y el infierno.

¡Qué lodazal tan cómodo y falaz era mi adorada e incómoda existencia!

Yo estaba en la formación y no dependía de mí si mi hermana estaba entre rejas o no.

¡Qué asco! ¡Menudo animal era!

Si hoy me encontrara conmigo tal y como era antes, creo que podría matarme a palos a mí mismo...

Y ese mal bicho miope que está ante mí, ahora incluso dice:

—La guerra es el padre de todas las cosas...

—¡Silencio! —le interrumpo rudamente—. ¿Es que no sabe lo que le ocurrió a la señorita?

—¡Ni idea!

—La encerraron.

—¿Que la encerraron? ¿Por qué?

—En definitiva porque había perdido su puesto...

—Me da mucha lástima.

¿Lástima?

Lo dice, pero parece que le divierte que ella tenga que sufrir, porque se lo ve tan satisfecho y seguro... como si me hubiera olvidado del todo.

Pero yo sigo aquí y no lo pierdo de vista.

Ahora se encoge de hombros.

—Mi querido señor, las cosas son así: el individuo por sí solo no importa...

Sonríe y yo no puedo por menos de pensar: «Eres una criatura, una criatura falaz»...

Me sorprende que yo esté tan tranquilo.

—Es usted un imbécil —digo.

Me mira asombrado, como si hubiera entendido mal, pero luego se irrita.

—Permítame...

—Yo no le permito a usted nada, porque es usted un imbécil, sí, un imbécil que no piensa que un buen día podría perder su puesto igual que aquella señorita, porque «desgraciadamente» el individuo por sí solo no importa.

Me mira de arriba abajo con malicia.

—Joven —dice—, no me compare usted con el primer empleado que se le ocurra. Yo soy el contable jefe y llevo ya treinta y seis años en la misma empresa...

—¡Tampoco por eso es usted más!

—¡Oiga, joven!

Ahora sonríe burlón.

—Y, además, se olvida usted de que yo no estaría en situación de quedarme en estado de buena esperanza...

Sonríe para sus adentros y yo me pongo muy furioso.

Lo agarro por el cuello y le doy un puñetazo en la cara..., sus gafas caen al suelo.

—¿Me pega usted?! —vocifera—. ¿Está pegando usted a un anciano?!
¡Socorro! ¡Socorro!

Me lanzo sobre él y le tapo la boca, se agarra a mi abrigo y todavía le doy algunos golpes...

Se tambalea.

De repente veo el canal.

¿Acaso ha estado siempre ahí?

Me muerde la mano.

¡Espera, granuja! ¡Largo de aquí!

Al canal, al canal...

¡Largo!.....

No miro más a mi alrededor.

El viento sopla y la nieve baila... Me dirigí a La Ciudad de París.

Sus gafas, las recogí y se las eché a él. Para que vea mejor el barro.

Ahora ya habrá visto si el individuo no importa.

Me siento muy bien.

Porque todo aquel que diga que el individuo no tiene ningún protagonismo tiene que desaparecer.

EL MUÑECO DE NIEVE

Han pasado dos días y hoy soy ya el de siempre.

Porque ayer y anteayer estuve muy intranquilo de pura incertidumbre por saber si salía o no a la luz que había sido yo. Incluso empecé otra vez a hablar con el buen Dios.

Hay que darle algo, recordé vagamente, algo, aunque fuera lo mínimo, él lo agradece todo...

Como si fuera un mendigo.

Dale algo...

Dale algo al primer mendigo que te salga al paso, regálale cinco táleros...

Pero ¡alto! Si ya solo te queda uno.

Pero un tálero también es mucho dinero y para ti cada vez será más.

¡Dáselo todo al primer mendigo, para que no salga a la luz!

Así atravesé la ciudad, sin sosiego, pero no me encontré con ningún mendigo, como si el infierno se los hubiera tragado a todos, sus señorías al parecer ya no querían saber nada de mí...

Y así debía ser porque hoy en el diario matutino viene por fin una breve nota acerca de un contable que ha muerto víctima de un accidente de camino a casa. En medio de la oscuridad reinante parece que, a causa de su fuerte miopía, debió de resbalar en la acera cubierta de hielo y caer al canal. Deja una viuda desconsolada, un hijo casado y dos hijas solteras.

Sí, no va a salir a la luz.

Sigue habiendo una justicia más alta.

Y el matutino pregunta a las autoridades competentes cuándo se pondrá por fin la barandilla en el canal.

Sí, ¿cuándo?

Ya ha llegado la tarde... Hace dos días a estas horas aún era de día.

Por la noche ha llegado el invierno y la escarcha en forma de flor florece en la ventana.

Estoy en el cuarto de mi padre y acabo de escribir una carta, una carta a la señorita que se ha convertido en mi hermana.

«Apreciada señorita —he puesto—: probablemente no me recordará usted ya, pero siempre he querido escribirle. Yo era soldado y, en otro tiempo, me gustaba ser soldado. Cierto que no la conozco más que de vista, pero he pensado en usted con frecuencia y también la he buscado por todas partes. Hoy conozco su triste desgracia, y confío en que no la olvidaré y la ayudaré siempre con todas mis fuerzas, porque amo la justicia»...

Cierro el sobre y bajo a la calle para enviarla.

El aire se ha vuelto azul oscuro al atardecer... Sí, ahora reina el hielo.

Y como eché la carta al buzón, me quedé sin nada en las manos. La mano pertenece a mi brazo y eso nunca lo olvidaré mientras viva.

No me dejará en paz...

Quién sabe si recibirá mi carta.

Quién sabe si responderá.

No puede enterarse nunca de todo lo que he hecho por ella.

Porque sería demasiado peligroso para mí.

Las mujeres siempre largan de más...

¿Y ella qué saca de que las autoridades no hayan puesto aún una barandilla?

¡Da igual!

Si le sirve de algo o no; no me preocupa lo que haya de ser, solo me preocupa lo que no puede ser.

No puede ser que el individuo no tenga ningún protagonismo, ni aunque se tratase de la peor de las señoritas.

Y a todo aquel que afirme lo contrario hay que borrarlo del mapa..., ¡borrarlo por completo!

Lo que venga después, eso está oculto aún en la niebla del futuro.

Ya ha salido, mi carta...

Así recorro las calles.

Despacio o deprisa, no lo tengo claro y trato de ordenarlo todo en mi interior, pero por mucho que me esfuerzo, siempre tengo que empezar de nuevo y, de repente, me siento completamente abandonado, como si se me hubiera salido el corazón... tal vez para siempre jamás.

Antaño yo pensaba que con el odio llegaríamos lejos.

Entonces marchaba en la formación...

¡Qué necio era! ¡Qué necio era!

Pues, aunque siempre vaya alguien marchando a tu lado, a derecha y a izquierda, día y noche, tú seguirás siendo siempre un glaciar solitario.

Y las montañas crecen noche y día, pero tú, tú retrocedes.

Tú te metes en ti mismo y te acurrucas en tu interior como una vieja lechuza.

Por el día estás ciego y por la noche no cazas nada.

Porque allá por donde andas revoloteando, la vida se acaba.

¡Muérete de hambre o devórate a ti mismo!

Me detengo y miro a mi alrededor.

En realidad, ¿hacia dónde voy?

Estás ya tan lejos de casa...

¡Date la vuelta!

Estás ya tan cansado..., naturalmente..., naturalmente, ¡no es de extrañar! No es más que el resultado de estos dos últimos días y, sobre todo, de las noches, no quisiera volver a vivirlas, porque resulta agotador cuando uno teme algo.

Tengo que reírme sin querer.

¡Ahora ya todo está en orden!

Resbaló en la acera cubierta de hielo, etc., etc.

Apresúrate...

Quédate aún un rato fuera, para que duermas mejor.

No doy la vuelta y las casas van siendo cada vez menos.

A la derecha empieza una valla de hierro y detrás de ella hay muchos árboles blancos y arbustos, grandes y pequeños...

Ajá, un parque.

No se ve a nadie y respiro profundamente.

Huele a nieve.

Esto es realmente bonito.

Aparece ante mí un elevado portón y en él hay una placa: «Abierto desde las ocho de la mañana hasta el anochecer».

Ya se ha hecho de noche, pero el portón sigue abierto... ¡Venga, entra!

Las estrellitas de plata brillan con tanta claridad como si el cielo fuera de terciopelo negro. Pero al este hay una pared de nubarrones, toda una cordillera de nubes... Sí, sí, va a volver a nevar por la noche.

Y mientras atravieso así el parque, tengo una sensación muy rara, porque, si nada me engaña, pasada la siguiente esquina tiene que haber un parque infantil... ¡Exacto, ahí está ya, mi parque!

En alguna ocasión jugaste aquí en la arena, ¡recuérdalo! Construiste castillos y una ciudad... ¿Adónde iría a parar el castillo? ¿Adónde iría a parar la ciudad? La arena está nevada.

¡Se acabó! ¡Se acabó!

Llegan nuevos tiempos.

Me siento en un banco y cierro los ojos.

Qué tranquilo puede ser el mundo...

Y con qué silencio van y vienen algunas cosas.

Por ejemplo, el recuerdo...

También desde los rincones más remotos.

En los árboles un reloj hace tictac... ¡No te duermas!

Bostezo y bostezo, como si viniera una noche larga. Sí, es hora de que des la vuelta, de lo contrario te cerrarán la puerta.

Me estremezco..., ¿qué te habías pensado? ¿Qué frase tan extraña era esa?

¿Acaso tenía sentido?.....

Ahora llega la nieve.

El viento me la echa en la cara... Pica y pellizca, como si fueran un montón de hormigas.

Avanzan lentamente y van construyendo.

Cada vez es más cortante y más frío.

Y, de repente, vuelvo a encontrar mi frase, esa extraña frase de antes..., ahora hasta me la sé de memoria: «Al comienzo de cada nueva época están

los ángeles con los ojos cerrados y las espadas de fuego en medio de la silenciosa oscuridad». ¿Rompería la carta la mujer de mi capitán?

¿O acaso alguien la encontrará alguna vez?

Otras personas.....

¡Ve a casa, si no te cerrarán el portón!

¡Deja, deja! Ahora incluso las hormigas están durmiendo y el frío se volverá más cálido...

Nieva, nieva... como en un libro de cuentos.

¿Y dónde estoy?

La habitación está oscura, estoy sentado en el suelo.

Las ventanas son altas, solo puedo mirar hacia fuera si alguien me aúpa.

Sí, sí, después de una guerra a menudo no hay carbón...

Preguntaré al buen Dios por qué tiene que haber guerras.

—Hace frío —ese sigue siendo mi primer recuerdo...

Pasa la noche, lentamente llega un nuevo día.

Estoy lleno de nieve y no me muevo.

Viene una joven con un niño pequeño.

El niño me ve primero, aplaude y grita:

—¡Mira, mamá! ¡Un muñeco de nieve!

La madre me mira y sus ojos se quedan atónitos.

Me observa aterrada y luego grita:

—¡Por el amor de Dios!

Se marcha agarrando al niño y la oigo gritar:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Ahora los dos regresan, y hay alguien más con ellos: un policía.

Se agacha hacia mí y me observa atentamente.

—Sí —dice—, está completamente helado. Ya no hay nada que hacer...

La madre no se atreve a mirar hacia aquí, pero el niño apenas puede separarse de mí. Se vuelve una y otra vez y me mira curioso con sus ojos redondos.

¡Venga, mira! ¡Mira!

Hay un muñeco de nieve en el banco, es un soldado.

Y tú, tú crecerás y no olvidarás al soldado.

¿O acaso sí?

¡No lo olvides! ¡No lo olvides!

Porque dio su brazo por una porquería.

Y cuando seas ya mayor, entonces tal vez sean otros tiempos y tus hijos te dirán: «Ese soldado era un vulgar asesino»... Pero entonces no me insultes tú también.

Piénsalo: no supo hacer otra cosa, era un hijo de su tiempo.

OceanofPDF.com

EPÍLOGO

A pesar de su corta vida, que un árbol vino a segar en un gris día de tormenta durante un paseo por los parisinos Campos Elíseos, Ödön von Horváth (1901-1938) es considerado a día de hoy, junto a Bertolt Brecht, como un clásico del drama en lengua alemana del siglo xx. Con excepción de un breve paréntesis entre los años 1931 y 1932, durante el que se le otorgó el Premio Heinrich von Kleist y se estrenaron en Berlín y Leipzig tres de sus piezas de teatro popular (*Noche italiana*, *Historias de los bosques de Viena* y *Kasimir y Karoline*), sus obras no fueron ni muy representadas ni encontraron un amplio número de lectores, debido seguramente al momento históricamente complicado en el que vieron la luz, un momento en el que Horváth, enemigo de cualquier totalitarismo, solo podía encajar con dificultad.

El propio origen del autor puede interpretarse ya como metáfora de la complejidad de las situaciones que tendría que vivir: Edmund (= Ödön) Josip (= Josef) von Horváth vino al mundo el 9 de diciembre de 1901 en la multiétnica ciudad de Fiume, hoy Rijeka, en el seno de una familia perteneciente a la pequeña nobleza húngara. Esta situación multiétnica y multilingüística definirá, de forma absolutamente involuntaria, una biografía caracterizada por el nomadismo y la ausencia de un hogar fijo hasta el fin de sus días:

Durante mis años de escuela cambié cuatro veces de lengua en clase e hice cada curso prácticamente en una ciudad diferente. El resultado fue que no dominaba bien ninguna lengua. Cuando llegué a Alemania por primera vez no era capaz de leer un periódico porque no conocía las letras góticas, aunque mi lengua materna es el

alemán. Hasta los catorce años no escribí mi primera frase en esta lengua.[\[23\]](#)

Los numerosos cambios de destino del padre, que trabajaba para el Ministerio del Exterior, tuvieron también mucho que ver en esta situación que los avatares del destino contribuirían a aumentar en grado sumo y que influiría en la configuración de una obra literaria en la que precisamente los usos lingüísticos se convierten en el elemento articulador común, ya se trate del dialecto vienés en sus piezas de teatro popular, ya del lenguaje militar en sus dos últimas novelas, revirtiendo de ese modo ese tardío momento de encuentro con la escritura en lengua alemana que, no obstante, resultó definitivo, en cuanto que su vida giraría a partir de entonces en torno a ella.

Precisamente con *Un hijo de nuestro tiempo* (1938) concluyó este encuentro de Horváth con la escritura en su lengua materna y su obra pasó rápidamente a engrosar la «Lista de los escritos nocivos e indeseables» redactada por los nazis. También su anterior novela, *Juventud sin Dios*, formaba parte de ella. Sus palabras no habían sido del agrado de aquellos que en ese momento decidían sobre lo bueno y lo malo, de aquellos que en ese momento estaban en el poder, aunque ya antes de su publicación Horváth había tenido problemas por su simpatía manifiesta hacia las ideas de izquierda, unos problemas que se habían acentuado al declarar contra los nazis después de una pelea en público. Estas tensiones habían llegado incluso a ponerse de manifiesto en la prensa cuando en noviembre de 1931 el *Deutsche Allgemeine Zeitung* lo criticara como «un húngaro que no tiene derecho a formar parte activa del conjunto de la literatura alemana».

Los años inmediatamente posteriores, durante los cuales Horváth fue afianzándose en sus posiciones, se caracterizaron por una fuerte presión de trabajo y un profundo escepticismo, así como por grandes proyectos que conllevaban a su vez un distanciamiento autodestructivo respecto de todo lo que había escrito hasta entonces, en lo que el autor ya no encontraba sentido ninguno. A pesar de ello, a pesar de su falta de confianza en sí mismo como dramaturgo y su inclinación a un mayor uso de la prosa como vehículo de expresión, las dos novelas que escribe en este periodo final se caracterizan por el desarrollo de una trama perfectamente organizada, precisa, detallada y, sobre todo, por el uso directo del lenguaje en el relato que, sin ningún tipo de tapujos, hacen los dos narradores en primera persona, en tanto que

no solo narran, sino que dialogan consigo mismos dando lugar con ello a una forma de expresión literaria absolutamente inusual hasta entonces. Como trasfondo Horváth alinea escenas, sensaciones, motivos y escenarios que ya habían aparecido en obras anteriores y al unirlos conforma una realidad que puede leerse en cada línea, en cada personaje.

También al igual que *Juventud sin Dios*, aunque precedida de un prólogo de Franz Werfel y de las palabras que Carl Zuckmayer pronunciara durante su entierro, la nueva novela había visto la luz, en este caso de manera póstuma, en la editorial Allert de Lange de Ámsterdam, que publicaba las obras de los autores en el exilio, en el que ya se encontraba el autor desde hacía algunos años. Cuando los nazis llegaron al poder, en febrero de 1933, registraron la casa de los padres de Horváth en Murnau y el escritor fue amenazado públicamente en el *Völkischer Beobachter*. Ese mismo año sus obras fueron quemadas en público por los nacionalsocialistas. Voluntariamente, igual que otros muchos escritores, Horváth se marchó a Austria, hasta que el 12 de marzo de 1938 las tropas nacionalsocialistas entraron en el país. Al día siguiente, abandonó Viena en dirección a Budapest, aunque no se detuvo allí, sino que pasó por diferentes estaciones hasta llegar en mayo a Ámsterdam, desde donde se desplazaría posteriormente a París, ciudad en la que tenía ya concertadas algunas entrevistas de carácter profesional con su traductor al francés y con el director Robert Siodmak, que tenía intención de filmar una versión cinematográfica de *Juventud sin Dios*. Desde allí planeaba emigrar a los Estados Unidos, donde ya le esperaban algunos conocidos y amigos. Pero «la experiencia más decisiva» de su vida (con estas palabras le había profetizado un adivino algo que habría de ocurrirle en París) impidió que se llevaran a cabo estos planes, aunque le concedió al autor la fama que sus obras aún no habían llegado a otorgarle entre el público en general.

Un hijo de nuestro tiempo fue, pues, su última obra, aunque su origen puede leerse en paralelo a la anterior y con ella presenta también numerosas similitudes, no solo en la temática, sino también en el uso que Horváth hace de los recursos lingüísticos, pues, ahorrando hasta el máximo en la expresión, configura con enorme dramatismo el destino del protagonista, acechando tras la vida que late en cada palabra. Es así como el lector ve surgir la tragedia de un joven «de su tiempo» de entre la miseria de la falta

de trabajo, que lo obliga a escoger un camino en el que el mal es tenido por bien y la injusticia por justicia, al tiempo que las palabras carentes de todo ornato hacen percibir lo tosco y lo feo de la existencia cotidiana. Su lenguaje extremadamente lacónico, escaso, reducido a la mínima expresión, supone un perfeccionamiento de esta técnica empleada ya en *Juventud sin Dios*, por medio de la cual al autor reproduce hasta en el más mínimo detalle el proceso de pensamiento del protagonista. Pues lo que el lector encuentra aquí no es un relato al uso, en el que el narrador cuenta unos hechos determinados, sino todo lo contrario: aquí los acontecimientos están relatados desde la mente del protagonista y es en ella donde el lector ha de situarse para poder seguir el hilo de la lectura. De este modo, gracias a esta novedosa técnica, que supone un absoluto dominio del lenguaje y de la perspectiva narrativa, Horváth nos introduce en los pensamientos de un joven que, tras haber sufrido en persona la penosa situación laboral de la Alemania de los años inmediatamente anteriores a la guerra y verse condenado al paro, parece encontrar en el Ejército la mejor salida posible a esa situación, la única que le ofrece una perspectiva clara de futuro. Y así, al igual que el maestro de *Juventud sin Dios*, el soldado de esta nueva novela responde también a la descripción de un individuo en el Estado fascista, del que acaba distanciándose tras darse cuenta de la realidad. Tras muchas dudas sobre el título («Un soldado», «Un soldado de su tiempo», «La novela de un soldado», «Una vida de héroe», «Guerra sin declaración de guerra» o «Un soldado de la dictadura»), Horváth se decidió por aquel que definía mejor a la juventud de su época, aunque la orientación temática es evidente en todas las propuestas.

Al igual que el resto de obras de Horváth, también *Un hijo de nuestro tiempo* contiene claras referencias al momento histórico en el que vio la luz. La aparente política pacifista que pretendía haber hecho realidad el nacionalsocialismo encuentra aquí su mejor expresión en la figura de este soldado, al que, pleno del más absoluto entusiasmo, nada frena de hacer el mal, lo cual, evidentemente, se correspondía con lo que estaba ocurriendo en realidad. En la primavera de 1935 Hitler había anunciado la reconstrucción de la fuerza aérea alemana y la introducción del servicio militar obligatorio contraviniendo así las disposiciones del Tratado de Versalles; un año después, el 7 de marzo de 1936, provocó una gran crisis

diplomática tras decidir remilitarizar la región de Renania, con lo que volvía a vulnerar el Tratado, por el cual se había prohibido que Alemania estacionara fuerzas militares en esa zona limítrofe con Francia y Bélgica. Fueron estos acontecimientos los que, sin duda, sirvieron de inspiración a Horváth, pero también la denominada como «guerra silenciosa», un término con el que se conoció la intervención, jamás confesada, de las fuerzas del Tercer Reich en la guerra civil española, en la que participaron tan solo «voluntarios», y que Hitler utilizó como ensayo para la ocupación de pequeños países vecinos en las denominadas como «guerras relámpago». Que Horváth está aludiendo a ello en la obra se hace evidente en el pasaje en el que se hace referencia a una práctica relacionada con estos voluntarios, pues a los familiares de los caídos en España se les notificaba que habían fallecido durante la ejecución de ejercicios de maniobras. Además, los parientes no podían acudir a los entierros ni vestir ropa de luto; por supuesto, en ningún momento los hechos podían ser objeto de conversación con terceros.

Asimismo resulta evidente que los pasajes en los que se describen los ataques de los aviadores y los pueblos en llamas hacen una clara referencia a la ofensiva de Franco contra el País Vasco, y en especial al bombardeo de Guernica el 26 de abril de 1937, en el que participaron los aviones de la Legión Cóndor alemana. No encontraron resistencia en los pueblos bombardeados y, como no solo se limitaron a lanzar bombas, sino que también disparaban desde los aviones con armas cortas volando a baja altura, las víctimas civiles fueron muy numerosas. La brutalidad con la que se llevaron a cabo estos ataques despertó la indignación internacional, pero tanto los fascistas españoles como los alemanes negaron la participación germana en ellos y designaron a las «hordas rojas» como los auténticos culpables de la masacre. La referencia a España se hace patente también en la alusión a una orografía en la que las «montañas están llenas de minerales y la tierra es buena», pues el propio Hitler declaró el 27 de junio de 1937 en Würzburg que «apoyaba a España para hacerse con los muchos minerales de los que disponía el país». Tanto las entradas de mineral español en Alemania como los envíos desde allí a nuestro país tenían lugar bajo el más estricto velo del secreto; no obstante, el régimen gastó más de quinientos millones de marcos en apoyar a los franquistas.[24] Las brevísimas

descripciones de los «pueblos rodeados por agrestes montañas» coinciden con la geografía del País Vasco, así como también la referencia, que Horváth no puede evitar, al idioma allí hablado, al euskera, un idioma que el soldado no comprende, cuyo sonido le resulta extraño y que, con su estilo directo, describe simplemente como «feo».

También el lenguaje es protagonista de *El eterno burgués* (*Der ewige Spiesser*, 1930), la novela menos conocida de Horváth. Aunque el tema no es exactamente el mismo que el de sus dos últimas obras en prosa, sí es la misma sociedad burguesa que se dirige en línea recta a la catástrofe la que sirve de escenario al relato de un desclasado del proletariado aburguesado, que ha perdido ya todas sus oportunidades. Su forma de hablar es, en realidad, la que lo caracteriza como un individuo que actúa únicamente en su propio beneficio, aunque lo haga como un filántropo y pretenda expresarse igual que un cultivado burgués, utilizando para ello la terminología propia de este grupo social. Pero, consciente de su falta de significación como individuo, hecho que encuentra su máxima expresión en *Un hijo de nuestro tiempo*, donde el individuo «no tiene ningún protagonismo», se vuelve especialmente vulnerable a los delirios colectivos de poder, ya que la colectividad en la que se sumerge, bien sea la del partido, bien la del pueblo, es la única capaz de otorgarle una nueva identidad. De este modo, el lenguaje, con toda su variedad de posibilidades, con su multiplicidad de recursos, es precisamente lo que deja al descubierto la finalidad perseguida por el autor en sus obras en prosa y que no es otra que la de desenmascarar la falsa conciencia que se escondía tras el idilio lingüístico de bienestar aparente no solo a nivel individual, sino también colectivo, social.

Horváth se convierte con esta novela en fiel cronista de «su tiempo», capaz de reproducir los usos del lenguaje fascista tanto a nivel militar como civil y de mostrarnos a través de ellos cómo el individuo de a pie adopta sin más los tonos por los que ya se ha dejado seducir. Si en *Juventud sin Dios* el maestro tenía una sensación ambivalente respecto a ello, el soldado de *Un hijo de nuestro tiempo* está entusiasmado con los usos del Estado fascista y habla siguiendo el modelo ideal de lenguaje tipificado por los nacionalsocialistas. Aquí, por otro lado, se ve perfectamente cómo el lenguaje lleno de carga ideológica entra en la lengua cotidiana sin encontrar

ningún tipo de resistencia intelectual, como sí ocurría en el caso del maestro, por lo que los mecanismos lingüísticos se aprecian con mayor claridad que en la novela anterior y los elementos de denuncia, ya sean nacionalistas, racistas o de cualquier otro tipo, se convierten en componentes que sirven a la preparación de las operaciones bélicas. Esto se ve también justo al comienzo del texto, cuando la afirmación de que el protagonista es soldado se intensifica inmediatamente después, añadiendo justo a continuación una descripción enormemente lírica con la que se busca la empatía del lector. La denigrante repetición del lenguaje militar adquiere de este modo un matiz estético que lo sublima ante la rudeza de la vida cotidiana, otorgando con ello sentido a la existencia. El soldado se siente elegido, «resucitado de entre los muertos» con el único fin de servir a la patria, llevando así las órdenes militares al terreno de lo religioso, revirtiendo de principio a fin los valores transmitidos de generación en generación, y haciendo que el orden y la disciplina, la base de la existencia militar, se entiendan como paradisíacos en aras de conseguir la perseguida utopía del nuevo Estado. Y es que, debido a su moldeabilidad, el recurso a la dicción bíblica y el uso de metáforas fueron recurrentes en el nuevo lenguaje desarrollado por el fascismo.

Y recurrentes son también ambos hasta el punto de convertirse en una constante en la novela. La redención se busca en cierto modo a lo largo de todo el texto a través de las continuas alusiones a frases y pasajes de la Biblia que el protagonista se repite a sí mismo a modo de *leitmotiv*, y que responden también al apoyo que la Iglesia católica, con Pío XI a la cabeza, había decidido otorgar a los nacionalsocialistas. Además de las líneas que la señorita traza sin cesar y que, según el propio Horváth, representan las almas de los individuos, destinadas a encontrarse en un punto concreto, el frío recorre la novela desde las primeras páginas en las que nieva sobre la tumba del futuro del narrador. El frío es también su primer recuerdo y otros tantos recuerdos generan en él sensaciones heladoras. El frío es el medio que busca para escapar, para morir en definitiva, y llegar así al final de esa línea que ya estaba trazada de antemano. Ha empezado una nueva época, la era de Piscis que se anunciaba ya en *Juventud sin Dios*, y que transcurre en pleno invierno, cuando la vida está muerta y «reina el hielo». En esta nueva era la nieve lo traslada hasta ese primer recuerdo que nunca abandonó su

memoria y se convierte en un símbolo de la muerte, la misma que ya había presagiado James Joyce en el último relato de *Dublineses* (1914):

De nuevo nevaba. Soñoliento vio cómo los copos, de plata y de sombras, caían oblicuos hacia las luces. Había llegado la hora de variar su rumbo al poniente. Sí, los diarios estaban en lo cierto: nevaba en toda Irlanda. [...] Caía, así, en todo el desolado cementerio de la loma donde yacía Michael Furey, muerto. Reposaba, espesa, al azar, sobre una cruz corva y sobre una losa, sobre las lanzas de la cancela y sobre las espinas yermas. Su alma caía lenta en la duermevela al oír caer la nieve leve sobre el universo y caer leve la nieve, como el descenso de su último ocaso, sobre todos los vivos y sobre los muertos.[25]

En el caso de Joyce el mundo de los muertos se cubre con la capa de nieve que oculta a la vista lo trágico del espacio en el que se encuentra el narrador y lo que este esconde; en el de Horváth, la nieve cubre por completo al individuo y lo redime de su existencia fracasada marcada por el tiempo que le ha tocado vivir. La nieve que oculta y redime, que cubre con su manto de blanca pureza lo que en realidad es oscuro y sombrío.

Al igual que *Juventud sin Dios*, *Un hijo de nuestro tiempo* es un ácido retrato de la Alemania nazi que Horváth trata de desenmascarar recurriendo al mismo método que sus dirigentes utilizaron para hacerse con el poder: un lenguaje cargado de símbolos que llegaba a todos los hogares a través de la radio. Horváth recurre aquí a esos mismos mecanismos, pero los utiliza de una forma radicalmente opuesta, reduciéndolos a su mínima expresión, tal vez también porque a él, como a tantos otros autores, estaba empezando a resultarle difícil escribir en la misma lengua que servía ya a los abyectos propósitos del totalitarismo.

Tras abandonar el país en 1933 Horváth ya nunca regresó a Alemania. Mientras se encontraba en Budapest, en octubre de 1936, le había dicho a su amigo Géza von Cziffra, el famoso director de cine: «Cuando esté muerto me dará igual si estoy enterrado en Berlín o en París. [...] Claro que viendo cómo está ahora Berlín preferiría, si pudiera elegir, estar en París». Allí falleció, cinco días antes de la publicación de *Un hijo de nuestro tiempo*. Allí fue enterrado y encontró, por fin, su lugar en un exilio permanente que,

no obstante, aún no había terminado. Cincuenta años después, su cadáver fue exhumado y vuelto a enterrar con todos los honores en Viena, pues, a pesar de su ciudadanía húngara, su juventud itinerante, su prolongada residencia en Berlín y su impopularidad en los círculos nacionalistas del país, él siempre se había definido a sí mismo como austriaco.

ISABEL HERNÁNDEZ

UN HIJO DE NUESTRO TIEMPO



Cuando los nazis llegaron al poder, en febrero de 1933, registraron la casa de los padres de Horváth en Murnau y el escritor fue amenazado públicamente en el *Völkischer Beobachter*. Ese mismo año sus obras fueron quemadas en público por los nacionalsocialistas. Horváth se convierte con esta novela en fiel cronista de «su tiempo», capaz de reproducir los usos del lenguaje fascista tanto a nivel militar como civil y de mostrarnos a través de ellos cómo el individuo de a pie adopta sin más los tonos por los que ya se ha dejado seducir. Si en *Juventud sin Dios* el maestro tenía una sensación ambivalente respecto a ello, el soldado de *Un hijo de nuestro tiempo* está entusiasmado con los usos del Estado fascista y habla siguiendo el modelo ideal de lenguaje tipificado por los nacionalsocialistas.

ÖDÖN VON HORVÁTH

El escritor austríaco de origen húngaro Ödön von Horváth (1901-1938) considerado uno de los escritores en lengua alemana más críticos de todos los tiempos. Admirado por Hermann Hesse, Thomas Mann o Joseph Roth y Peter Handke llegó a a escribir un artículo titulado «Horváth es mejor que Brecht». -Su estilo está marcado por el desconcierto y su nada estilizado sentimentalismo y frases trastornadas, que muestran los brincos y contradicciones de la conciencia. En 1931, fue galardonado junto con Eik Reger con el Premio Kleist.

«Nunca se ha expresado tan vivamente el apasionado deseo de aquella juventud de escapar de una atmósfera envenenada por los odios políticos y las pasiones sociales».

STEFAN ZWEIG

Cuando los nazis llegaron al poder, en febrero de 1933, registraron la casa de los padres de Horváth en Murnau y el escritor fue amenazado públicamente en el *Völkischer Beobachter*. Ese mismo año sus obras fueron quemadas en público por los nacionalsocialistas.

Horváth se convierte con esta novela en fiel cronista de «su tiempo», capaz de reproducir los usos del lenguaje fascista tanto a nivel militar como civil y de mostrarnos a través de ellos cómo el individuo de a pie adopta sin más los tonos por los que ya se ha dejado seducir. Si en *Juventud sin Dios* el maestro tenía una sensación ambivalente respecto a ello, el soldado de *Un hijo de nuestro tiempo* está entusiasmado con los usos del Estado fascista y habla siguiendo el modelo ideal de lenguaje tipificado por los nacionalsocialistas.

Esta novela, escrita en 1937, es un brillante retrato de aquellas personas que durante años obedecieron, admiraron y ejecutaron las consignas del nazismo.

Nórdicalibros

Pronto llegará la nieve. Se siente en el aire.

OceanofPDF.com

NOTAS

[1] Es una frase del filósofo Heráclito de Éfeso (c. 540-480 a. C.). En su obra *La decadencia de Occidente* (1918-1922), el también filósofo Oswald Spengler (1880-1936), contemporáneo de Horváth, definió la guerra como el «creador de todas las cosas», pues, en su opinión, todos los acontecimientos importantes en el curso de la vida habían surgido como consecuencia de victorias o de derrotas. (*Todas las notas de la presente edición son de la traductora*).

[2] Tanto la alusión al sentido de la vida como el ascenso a cabo son referencias directas a Hitler. En el primer caso, al discurso titulado «La hora de la juventud», que pronunció el 11 de septiembre de 1936 ante un buen número de formaciones de jóvenes; en el segundo, al grado que obtuvo en el 6.º Batallón de Reclutas del 2.º Regimiento de Infantería bávaro en el que había entrado como voluntario el 16 de agosto de 1914.

[3] En 1930 el número de parados en Alemania llegó a los 4.357.000, una cifra que aumentó exponencialmente a lo largo de los años siguientes (5.666.000 en 1931 y 6.013.612 en enero de 1933).

[4] Matías 11, 7 y Lucas 7, 24.

[5] Es una clara alusión a los representantes del capital y de la industria pesada alemana, quienes el 8 de abril de 1891 habían firmado un pacto de asociación. Entre los fundadores y promotores de la denominada «Asociación General» estaban Alfred Hugenberg (1865-1951), del grupo Krupp, y Emil Kirdorf (1847-1938), del sindicato del carbón de Renania-Westfalia.

[6] El marxismo y la socialdemocracia.

[7] Tal vez porque ese año estuviera lleno de acontecimientos importantes como el punto álgido del nivel de inflación, la huelga de los mineros del carbón, la ocupación de la zona del Ruhr por parte de las tropas francesas y belgas, los disturbios comunistas en algunas grandes ciudades y, quizá el más significativo, el intento de golpe de Estado de Hitler en Múnich.

[8] El nacionalsocialismo apelaba a la teoría de la evolución y la selección de Charles Darwin (1809-1882), la cual defendía el principio de que tan solo los más fuertes eran capaces de sobrevivir y consideraba, por tanto, la conservación de los débiles como antinatural.

[9] Con texto del poeta romántico Ludwig Uhland (1787-1862) y música de Friedrich Silcher (1789-1860) basada en una melodía popular.

[10] Lucas 6, 27.

[11] Es una referencia al Grado de Aptitud I, en el que se especificaba que, para ser declarado apto para el servicio en el Ejército, había que medir al menos un metro setenta.

[12] Al parecer, Horváth se inspiró para esta afirmación en el estudio de Max Funke *¿Las mujeres son seres humanos?*, publicado en 1910. No obstante, en la *Historia de la literatura erótica* (1927) del doctor Paul Englisch (1887-¿?), se pasaba revista a la consideración de la mujer a lo largo de la historia, desde el Concilio de Mâcon, celebrado en 585, en el que ya se había planteado esta cuestión. De reciente publicación era también la obra del neurólogo Paul J. Möbius (1853-1907), en la que se definía a la mujer como «similar a los animales».

[13] Según los recuerdos de su amiga Hertha Pauli, a Horváth le gustaba mucho ir al Prater y montar en el tren del castillo encantado, en el que disfrutaba sobremanera cuando le tocaban el rostro las supuestas manos heladas de un esqueleto.

[14] Es una clara referencia a la primera estrofa de *Das Lied der Deutschen* (*La canción de los alemanes*, 1841) del poeta August Heinrich Hoffmann von Fallersleben (1798-1874), que se cantaba con la melodía de *La canción del emperador*, compuesta por Joseph Haydn (1732-1809). El 11 de agosto de 1922 el presidente Friedrich Ebert (1871-1925) lo declaró himno nacional del país. Hoy en día solo se canta la tercera estrofa.

[15] Se refiere a la negativa de los dirigentes nacionalsocialistas a publicar cualquier tipo de información sobre la participación de soldados alemanes en la guerra civil española. Todo el capítulo es una clara referencia a ello.

[16] Ya en *Mein Kampf* (*Mi lucha*, 1925) Hitler definió la raza aria como el origen de la raza humana. En 1935 Heinrich Himmler publicó en Berlín un escrito difamatorio titulado *El infrahombre* en el que describía como tales a todos aquellos que no pertenecían a esta raza y cuyos dirigentes no eran otros que los judíos.

[17] Mateo 26, 41.

[18] Lucas 15, 11-32.

[19] Éxodo 20, 12.

[20] El Partido Nacionalsocialista definió Alemania en 1936 como «el país del trabajo y de la paz». En efecto, el paro descendió de la cifra máxima de 6.013.612 parados el 31 de enero de 1933 a un total de 4.804.428 el 30 de noviembre de ese mismo año. En 1936 había un total de 1.491.200 trabajadores que recibían diferentes tipos de subsidio.

[21] Horváth gustaba de frecuentar un café en el Prater al que acudían los liliputienses que actuaban en uno de los numerosos espectáculos que allí se ofrecían.

[22] En 1933 el número de nacimientos por año había descendido más de un cincuenta por ciento respecto de la primera década del siglo (de unos dos millones aproximadamente a 971.000). El nacionalsocialismo consiguió revertir esta tendencia.

[23] *Autobiographische Notiz*. En: Ödön von Horváth, *Gesammelte Werke. Kommentierte Werkausgabe in Einzelbänden*, Frankfurt: Suhrkamp, 1983-1988, vol. XI (*Sportmärchen, andere Prosa und Verse*), p. 183.

[24] *Cfr.* Hugh Thomas, *La guerra civil española*, Penguin: Barcelona, 2018.

[25] James Joyce, *Dublineses*, Barcelona: Círculo de Lectores, 1987, p. 221. Trad. Guillermo Cabrera Infante.